

RECORDANDO AL PADRE VALTIERRA

El héroe de los Hospitales de Panamá

Pedro García
Misionero Claretiano

Hay que decir que no se trata en este libro de una *biografía*, sino de simples *recuerdos*. De “cosas” que dijo e hizo el Padre **Florencio Valtierra**, narradas familiarmente al autor por hermanos claretianos de Comunidad —aparte de vivencias personales—, y por esos Doctores y Enfermeras que lo recuerdan con inmenso cariño. Si el subtítulo le llama **El héroe de los Hospitales de Panamá** es porque, además del Santo Tomás, el Padre llevaba el Oncológico, el del Niño, el Militar Victoriano Lorenzo y Clínica Puerta, aparte de haber atendido también, como los otros Padres de Cristo Rey, el Hospital Panamá, el Nicolás Solano de La Chorrera, y antes que ninguno los de Amador Guerreiro y Siervas de María en Colón.

Presentación

Llego a Panamá, y directo al Padre Vicente Gil:

- Oye, tú que conviviste tanto tiempo con el Padre Valtierra y estás muy en contacto con el Sr. Arzobispo. ¿Es cierto que el Arzobispo ha dicho alguna vez que podría abrirse un proceso de beatificación del Padre Valtierra?

Tuve yo bastante con el asentimiento de su cabeza y el mirar de sus ojos. Pero él me dijo:

- Vete a ver al Arzobispo y habla directamente con él.

Y sí; Mons. José Dimas Cedeño soltó sin más, con una energía, un sentimiento y una convicción profunda, alzando entusiasmado la voz:

- ¡Es cierto, lo dije, y empiecen el proceso cuanto antes! Conocí bien al Padre Valtierra. Confesor mío por mucho tiempo. Era un hombre todo de Dios. ¡Era un santo! Modelo para los Sacerdotes por su entrega total. Querido en toda Panamá. Aunque he presentado ya mi renuncia, ¡cuánto que me gustaría ser yo quien hiciera ese proceso diocesano! ¡Ábranlo!...

Estas fueron las palabras del Prelado. Y ese su “querido en toda Panamá” no era un simple decir. Durante sus casi cincuenta años de trabajar como Capellán en el Hospital Nacional de Santo Tomás y en otros hospitales, ¿cuántos miles de pacientes no recibieron del Padre Valtierra una caricia; a cuántos moribundos no puso en las manos de Dios; cuántos familiares de los enfermos no se vieron en los momentos de más dolor consolados por aquel sacerdote menudito, de sonrisa inextinguible, de inocencia angelical y de paz inalterable?...

No me meto en eso de un proceso, aunque soy el primero en quererlo con toda el alma, y ojalá estas notas impulsasen a iniciarlo cuanto antes. Lo que pretende este escrito tan sencillo es conservar en Panamá la memoria del inolvidable Capellán, repetidamente condecorado por el Gobierno y por la Iglesia, cargado de premios y reconocimientos, venerado por tantos Médicos e idolatrado por innumerables Enfermeras.

Aunque escrito para Panamá, Dios quiera que este trabajito sirva de estímulo a tantos y tantas que se entregan con generosidad a los miembros más mimados de Jesucristo, el que un día les dirá: Todo lo que hicieron, ¡a mí, a mí me lo hacían!...

Pedro García Cmf

CONTENIDO

Empieza el caminar,	Página 6
Un calendario sencillo,	7
La belleza de un hogar,	7
Religioso, Sacerdote, Misionero,	7
En tierras americanas,	8
Centrado en un hospital,	9
El Hospital y su Patrón,	9
Hasta que Belisario Porras...,	10
La Capellanía del Hospital,	10
Un Capellán único,	11
A trabajar sea dicho,	11
Jornada de un tirón,	13
El beeper y el R4,	14
Números que cantan,	17
Un Hospital digno y cristiano,	16
Todo para todos,	17
El primer homenaje,	18
Médicos y Enfermeras,	19
Las Enfermeras especialmente,	20
El trato con sus ángeles,	21
Sus conocidos enfados,	22
Muy bueno, pero exigente,	23
El monumento del Hospital,	25
Una idea tenaz,	25
Vinieron los frutos,	26
Y la vida seguía...,	27
Hacia Costa Rica,	28
La noticia bomba,	28
Con los ojos de Dios,	28
En el nuevo campo de acción,	29
Serenidad en la prueba,	30
Fervoroso y entusiasta siempre,	30
En Panamá, la “plata” a montones,	31
De nuevo en Costa Rica,	33
Un final previsto,	33
Para siempre en Panamá,	35
La segunda etapa,	35
Números que se adivinan,	35
Uno y no más,	36
Algunos hechos,	37
Unión casi incomprensible,	38
Cargado de Oro,	40
En los ochenta y los noventa,	41
¿Qué decir de su carácter?,	46
Un hombre todo de Dios,	50

¡Siervo bueno y fiel!..., 56
Derechito al Cielo, **56**
Por unanimidad: ¡Un santo!, **57**
¿Milagros por intercesión del Padre Valtierra?..., **58**

EMPIEZA EL CAMINAR

Charla amistosa con el Padre Jesús Aramendia, al que le pedí algunos recuerdos del Padre Valtierra:

- Con la fantasía de poeta que tienes, ¿no es verdad que exageras un poquito en esta semblanza que me entregas del Padre, su “carnet de identidad”, como la llamas tú?

- No, carísimo. Esto es lo que vi cada día mientras conviví con él en Cristo Rey. El Padre Valtierra —Valtierrita, como lo llamaban muchos con cariño— era así, créemelo. Florencio suena a “flores” de amor, y, haciendo honor a su nombre, sus aromas perviven entre nosotros.

Podemos espigar muchas cosas en este escrito del Padre Aramendía, que se entusiasma tal como me lo iba leyendo.

“Me tocó suplir al Padre durante el mes que estuvo en España. Supe lo que era levantarse por la noche e ir al Hospital. Allí percibí enseguida que el ritmo de su vida con los enfermos era agotador. ¿Cómo el Padre Valtierra llegaba a romper el sueño varias veces por la noche, para continuar después aguantando durante la jornada el peso del trabajo y del calor? ¡Y esto día tras día!...

“Se le veía siempre alegre, sonriente, feliz. Tenía como un resplandor angelical en su mirada, porque era comunicativo, trabajador, fervoroso, ilusionado con su vocación de Misionero Claretiano, Hijo del Corazón de María; confiado tiernamente en las manos de Dios y de la Virgen su Madre. En oración constante, lo mismo en la comunitaria o el Oficio Divino, que en la suya particular con la Eucaristía y el rosario siempre en mano.

“Atendía en cualquier momento a las confesiones. Daba gusto confesarse con el Padre Florencio, tan acogedor, tan delicado, tan comprensivo, “tan puro y angelical”, como era voz de la gente.

“Nunca buscó un aplauso; era sencillo, humilde, inocente, candoroso como un niño. Le llamaban con toda razón *El Angel del Hospital*, y en el Hospital encontró el sitio donde realizar su vocación de servicio y amor a los enfermos, que fue el distintivo de toda su vida. Así podía soñar divinamente, cuando decía: -En el Cielo me voy a reencontrar con tantos enfermos amigos después de haber sido, como Jesús, un Buen Samaritano que pasó ungiendo, sanando con el vino y el aceite de la consolación y piedad”.

Seguía el Padre Jesús hablando animadamente mientras me alargaba sus cuartillas, y entonces adiviné el porqué de aquellos poemas tan bellos y sentidos que le dedicaba al Padre Valtierra en sus cumpleaños o en los homenajes que se le tributaban, y a los cuales el bendito Padre le respondía con el gesto de un beso que con la mano arrancaba de sus labios...

Pero ahora me pregunto: ¿Es verdad tanta belleza como nos muestra este “carnet de identidad” trazado por el Padre Aramendia, poeta dotado de mucha imaginación?... La respuesta la darás tú, lector amable, que, al hojear estas “Cosas del Padre Valtierra”, te habrás formado una idea cabal de lo que era aquel nuestro querido hermano y Misionero Claretiano, que embalsamó de perfume celestial a nuestra Panamá.

Un calendario sencillo

Con un solo golpe de vista nos situamos en toda la vida del Padre Valtierra.

- 1905. Nace en San Martín de Humada, Burgos, España.
- 1917. Inicia la carrera sacerdotal en los Seminarios claretianos de Castilla.
- 1930. Consagrado Sacerdote el 14 de Junio de 1930.
- 1931. En Parroquias de Estadios Unidos.
- 1937. Llega a Panamá. En la Catedral de Colón.
- 1941. Capellán del Hospital Santo Tomás.
- 1954. En Julio, destinado al Hospital de San Juan de Dios en San José de Costa Rica.
- 1956. Abril, cesa en Costa Rica y regresa al Santo Tomás de Panamá.
- 1991. Deja Cristo Rey y el Hospital. Traslado al Santuario Nacional y Residencia Claret.
- 1999. Muere el 9 de Febrero en la Clínica Paitilla de Panamá.

La belleza de un hogar

Damos un salto hasta España. San Martín de Humada, lugarejo rural de la Provincia castellana de Burgos, hoy población minúscula, tenía como maestro en las últimas décadas del siglo diecinueve a Don Ángel Valtierra, excelente educador de aquellos niños campesinos, que se formaban hombres cabales en la misma casa y escuela de Don Angel. Casado éste con Doña Emilia Barriuso, formaron una familia encantadora, a la que vinieron, ¡nada más!, que catorce hijos, el último de los cuales, verdadero florón de aquel hogar, se llamó **Florencio**, nuestro querido Padre Valtierra, nacido el 27 de Octubre de 1905 y bautizado a los dos días en la iglesia parroquial.

Don Ángel, maestro y cristiano ejemplar, fomentó entre sus alumnos las vocaciones sacerdotales, y, por eso, no es de extrañar que tres de sus hijos sintieran también el llamado de Dios a la Congregación Claretiana: el Padre **Gilberto Valtierra**, muerto en París en 1953, y el Padre **Alberto**, misionero en Colombia donde falleció el año 1982. Finalmente, el benjamín de todos, nuestro Padre **Florencio**. Les habían precedido dos tíos: el Siervo de Dios Padre **Gumersindo Valtierra**, mártir en Barcelona cuando la persecución religiosa de 1936 y hoy camino de los altares, y el Padre **Demetrio Barriuso**, muerto en Roma el año 1968. Siguió, además, un sobrino, el jesuita Padre **Ángel Valtierra**, destinado a Colombia. Para envidiar a semejante familia, desde luego.

Alberto le escribirá a Florencio muchos años más tarde recordando a los tres sacerdotes de aquel hogar bendito: “Éramos ayer tres rosas - olorosas - sobre un vistoso rosal, - de casto amor bien nacidas - y crecidas - de María en santo hogar”.

Religioso, Sacerdote y Misionero

La carrera de Florencio discurrió entre la alegría contagiosa y la moderada austeridad de aquellos días en los seminarios claretianos. Cuatro cursos de Humanidades; el Noviciado que desembocó en la Profesión religiosa como Misionero Hijo del Corazón de María el 15 de Agosto de 1922; siete años entre el estudio de la Filosofía y Teología, culminados con la Ordenación Sacerdotal el 14 de Junio de 1930, y el curso de Preparación o Pastoral antes de lanzarse con ideal divino a cualquier parte de mundo por la causa de Jesús.

Después venía, en aquellos tiempos, el aguardar la carta del Padre General: -¿A dónde me tocará a mí?... Era la pregunta que se hacían los noveles sacerdotes. Porque la cosa era

muy seria. Recibido el destino, se jugaban la vida para siempre, ya que era definitivo y no se volvía más a la familia y a la Patria, como cantaban los candidatos por aquel entonces:

- Un día en un frágil barco me he de engolfar en la mar; daré un adiós a mi Patria, el último adiós quizás...

Al Padre Valtierra, y cuatro compañeros más, les tocó Estadios Unidos y Panamá, que entonces formaban un solo organismo dentro de la Congregación.

La despedida fue en nuestra iglesia de la ciudad vasca de Tolosa, abarrotada de fieles aquel 26 de Noviembre de 1931. Terminada la Hora Santa del Jueves Eucarístico, el Padre Superior bendecía los Crucifijos de los Misioneros, que, colocados en fila cara a los fieles, entonaron el himno que cinco años después inmortalizarían los 51 Mártires de Barbastro:

- ¿Y qué ideal? Por ti, Rey mío..., por ti, mi Reina..., la sangre dar.

Desfiló emocionado todo el público a besar los Crucifijos que les tendían los Misioneros, murmurando adioses y alabanzas, entre las que descolló la de aquella que rompió a gritar:

- ¡Dichosas madres..., y quién tuviera un hijo así!

Aquello era el Evangelio en acción. El día siguiente marchaban los expedicionarios a Francia, para embarcar en L'Havre el 2 de Diciembre.

En tierras americanas

Cinco años durará la estadía del Padre Valtierra en Estados Unidos, repartidos en las ciudades de Chicago, San Antonio, Fort Worth y El Paso.

Pero no era un candidato nato para aquellas tierras. Dios le señalaría al fin el campo que mejor daba a su temple misionero. Y el año 1937, al regresar de una gira que hizo por allí el Obispo Padre Preciado, Vicario Apostólico de Colón, se traía consigo al que sería para Panamá un regalo y un mimo de Dios.

De momento, radicado durante tres años en la Catedral de Colón. ¿Y qué hace en este tiempo? Lo de todos los Misioneros de entonces. Aparte del ministerio en la Iglesia Catedral, predica Novenas, Misiones, panegíricos en las Fiestas, alguna tanda de Ejercicios Espirituales. Y también, ¡ya empieza a perfilarse su futuro!, atención a los enfermos en el Hospital Amador Guerrero y en las Siervas de María.

Hasta que en Enero de 1940 dio a todos un susto fenomenal, cuando corrió en serio la noticia: ¡El Padre Valtierra ha muerto!...

Todo quedó desmentido cuando el enfermo se despertó y preguntaba, ya sin delirar:

- ¿Qué pasa? Tres Médicos, una enfermera y una Religiosa Sierva de María, y los Padres de la Comunidad aquí...

La cosa había sido muy grave, y el Doctor se las jugó todas. Cuando ya parecía agarrado por la muerte, con la fiebre altísima, el Médico en persona lo sometió a baños de agua helada por más de una hora. No descendía la calentura. El Padre Superior administraba al enfermo los Santos Oleos, y el Doctor llamaba a otros colegas para consulta de Médicos. Uno de ellos determinó decidido: -Aplicásele sin más un edema de agua helada con aceite de oliva... Así se hizo, y los 41 de fiebre bajaron de repente a 39 y menos. El peligro había durado desde antes de las seis de la tarde hasta las nueve de la noche.

La recuperación fue rápida, y añade el cronista: "El Rdo. P. Florencio Valtierra, que fue ya contado entre los que pasaron por el mundo, vive todavía. Está más fuerte que nunca, y tiene anhelos de apostolado".

Quien durante su larga vida asistiría a tantos enfermos sabía desde ahora lo que es hallarse en la cama ante las puertas de la muerte.

CENTRADO EN UN HOSPITAL

En 1941 era trasladado de la Catedral de Colón a la Iglesia de Cristo Rey en Panamá, y en Septiembre ya aparece como Capellán del Hospital Santo Tomás. Desde este mes hasta Mayo de 1991 serán cincuenta años, casi completos, los de una entrega total e inconcebible a los enfermos venidos de toda Panamá.

El Hospital y su Patrón

Panamá, casi desde su fundación, tuvo sus hospitales. Todos fueron desapareciendo, incluso el San Juan de Dios para hombres, mientras que iba a subsistir uno que se haría inmortal en la República: **El Santo Tomás de Villanueva**, que arrancó el 22 de Septiembre de 1703 para albergar a mujeres pobres que no tenían dónde acogerse, y con el nombre de **Santo Tomás** se quedaría para siempre.

Con muy justa curiosidad nos preguntamos nosotros, después de más de tres siglos: ¿Y por qué se le hubo de llamar “Hospital Santo Tomás”, pues alguna razón debió existir para la elección del nombre?... Muy sencillo, porque aquel día 22 se celebraba la fiesta de Santo Tomás de Villanueva, Arzobispo de Valencia, famoso por su amor a los pobres y a los enfermos.

Y aquí nos viene bien una pequeña digresión, un “stop”, para saber quién era **Santo Tomás de Villanueva**, nacido en un lugar de la Mancha, en aquella tierra inmortalizada después por el Don Quijote de Miguel de Cervantes. Y digamos que nuestro Tomás iba a ser un quijote verdaderamente divino.

Monje agustino y Doctor insigne de Teología en Salamanca, el año 1545 hubo de aceptar el Arzobispado de Valencia, a donde llegó tan pobre, caminando y apoyado en un bastón, que los sacerdotes valencianos, compadecidos, le alargaron cuatro mil escudos para sus primeros gastos, escudos que el nuevo Arzobispo entregó sin más a los enfermos del hospital.

Viviendo así la caridad pasaría los diez años que le quedaban como Pastor de Valencia. Repartidos todos sus bienes a los pobres, exclamaba al final:

- Yo tendría que morir en el suelo. Devuelvan la cama en que estoy muriendo al pobre carcelero a quien se la di, pues la tengo sólo prestada.

Murió Tomás el 8 de Septiembre de 1555, pero por ser ese día la Natividad de la Virgen, es el día 22 cuando se celebra la fiesta de nuestro insigne Patrón.

Para entender la devoción que nuestro Padre Valtierra va a tener a Santo Tomás de Villanueva, precisamente como Patrón del Hospital, hay que tener en cuenta la característica tan notable del Santo manchego: su amor a los pobres, especialmente a los enfermos de su hospital valenciano.

El primitivo Hospital de Panamá tuvo su sede en solares diferentes, hasta que en 1819 quedó ubicado en la actual Avenida B. Era el conocido *Hospital Antiguo*.

Lo regían desde 1875 las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl, que dejaron en la Ciudad un recuerdo imperecedero, cantado por unas estrofas tan sentidas como ingenuas:

Castas, puras y blancas,
como palomas viajeras,
que al pasar por nuestro suelo
gratos recuerdos nos dejan
que no olvidaremos jamás.

Oh queridas Madrecitas,
Hermanas de la Caridad,
sois el retrato de Cristo,
que en todo su ser es bondad.

Hasta que Belisario Porras...

Aquel caserón no estaba mal para aquellos tiempos y sus instalaciones no desdecían del todo a principios del siglo XX. Hasta que en 1919 el gran estadista y Presidente Dr. Belisario Porras, con acertada intuición, quiso un Hospital grande, moderno, prestigioso, y ordenó su construcción en un estratégico ensanche de la Capital, en medio de jardines con vegetación exuberante y con espléndida vista hacia el mar.

El 1 de Septiembre de 1924 se inauguraba el Hospital Nuevo y se derruía el Antiguo de la Avenida B para dar un pulmón de respiro a la Capital en el puesto tan privilegiado que ocupaba.

Las nuevas edificaciones habían costado 3.494.696 balboas, enorme suma para aquel entonces, pero que todos daban por muy bien empleada.

¿Y cómo se iba a llamar el nuevo Hospital, que tanto ufanaba a todos? Dicen que se le quiso cambiar el nombre, pero el Doctor Belisario se mantuvo firme: ¡Santo Tomás!... A nivel nacional, y más allá de nuestras fronteras, el **Hospital Santo Tomás** se convertía en un orgullo de la República.

Toda la gloria recaía sobre el Dr. Porras, pero le cayeron también los grandes disgustos, cuando se escuchaba malignamente en Panamá:

- ¡Vaya *elefante blanco* que ha construido el Presidente!... ¿A qué viene semejante Hospital?...

Pero el Dr. Belisario Porras miraba lejos y tenía toda la razón. Cuando en Agosto de 1942 tenga que hospitalizarse el insigne Estadista para morir, se verá obligado a ir a un hospital privado, el Panamá, porque en el Santo Tomás no había para él un cuarto con cama disponible (¡!)...

La Capellanía del Hospital

El ensanche de la Capital por los terrenos de la Exposición donde se había construido el flamante Hospital Santo Tomás exigía también una Iglesia, y el Arzobispo Mons. Maíztegui la quiso edificar sin más. Ofrecido el proyecto como un regalo a los sacerdotes diocesanos y a los religiosos, todos lo fueron rechazando unos tras otros, ya que nadie le veía porvenir a semejante templo y además resultaba una empresa muy costosa.

Entre los religiosos no figuraban para nada los Claretianos, porque el Arzobispo, Claretiano también, no quería que le atribuyeran a él un obsequio que hacía a los suyos. A todo trance quiso evitar el odioso nepotismo. Sin embargo, cuando había fracasado con todos, pensó en su propia Comunidad, y los Claretianos se embarcaron en la aventura. Dios les recompensó, pues la Iglesia de Cristo Rey, inaugurada el año 1935, iba a ser en el futuro una de las más significativas de la Ciudad.

Edificadas Casa e Iglesia tan cerca del Hospital Santo Tomás, vino también para la Comunidad el aceptar la Capellanía del mismo, por muy abnegada y difícil que resultara. Hasta entonces la llevaban, con mucho celo y suma edificación, los Padres Jesuitas, los cuales tenían gran dificultad, por las condiciones tan ingratas de aquellos años, en llegar desde su Residencia de San Francisco. Varios Padres Claretianos se sucedieron después en este meritorio servicio, pero desde el año 1941 hasta 1991 apareció una figura que lo llenaría todo: el Padre **Florencio Valtierra**.

Adelantando las cosas, traemos aquí el testimonio que muchos años más tarde dará la Srta. Lucía Ortiz.

“Muchas veces he visitado el Hospital de Santo Tomás y he observado el trabajo ímprobo que realiza el Capellán de la institución. Con un promedio diario de 800 enfermos bajo su atención espiritual, el Ministro del Señor recorre día y noche las diferentes dependencias de esta casa de salud para llevar a las almas los auxilios y consuelos de nuestra santa religión. Al Capellán se le solicita mucho, se le estima.

La Srta. Lucía Ortiz decía esto del P. Valtierra, aunque el bendito Padre lo atribuye a los anteriores Capellanes que tuvo el Hospital, todos muy beneméritos, especialmente a Mons. Junguito, el jesuita y querido Padre José Gervasio Lora, y, una vez fundada la Parroquia de Cristo Rey, a los claretianos PP. Félix Monasterio, Evaristo Salas y Antonio Román, los cuales dejaron también grandes recuerdos.

Un Capellán único

El dicho popular asegura que “no hay santo para su ayuda de cámara”. Pues bien, si tomamos la crónica e historia de la Casa e Iglesia de Cristo Rey, redactadas por miembros que convivieron siempre con el Padre, no encontramos una sola palabra negativa y sí elogios incondicionales, como éstos:

“Lleno de buenos ánimos y de carisma, con las maletas rebosantes de amabilidad, paciencia y amor a los enfermos, llega a Panamá para hacerse cargo de la Capellanía del Hospital Santo Tomás este incansable religioso con extraordinaria vocación para un ministerio tan sacerdotal y humanitario”.

“Desde el año 1941 este oficio tiene un solo nombre: **el Padre Florencio Valtierra**. Es verdad que todos los sacerdotes de la parroquia han sido colaboradores en tan humano y divino ministerio, pero el héroe ha sido y sigue siendo el Padre Valtierra”.

“Lleva una humilde alforja de amistad, a todos los llama hermanos. Todos los días anima y consuela a grandes y pequeños en incesante actividad”.

A trabajar sea dicho

Ya tenemos al Padre Valtierra en su campo de acción. ¿Y cómo define su servicio en el Hospital? Los enfermos van a ser la razón de su vida. Lo siente como una vocación propia, como una llamada de Dios, como su *carisma* dentro de la Iglesia, pues lo dirá él mismo hacia final de su vida y cuando aún no había acabado su misión:

- He vivido entre enfermos. Primero en Texas, donde estuve seis años. Año y medio en San José de Costa Rica. Tres en el Hospital Amador Guerreño, de Colón. Y luego ya llevo cuarenta en el Santo Tomás.

Este sacerdote pequeñito de estatura, de ojos vivarachos, de cara siempre sonriente, alegre como si no conociese para nada el dolor, inocente y cariñoso, de paso ligero por las calles, los pasillos y salas del Hospital, no sabe tomarse un momento de reposo, porque ha de hablar cada día con los muchos pacientes que le esperan a toda hora.

A los enfermos los mira, usando la expresión que tanto le gustaba del Papa Pío XII, como “las joyas preciosas de la Iglesia”.

Los trataba con todo el cariño, y les decía: “Ustedes son los favoritos del Señor”.

Confesará un día: “¡Cómo le pido al Señor poder devolverle la salud a un enfermo!”.

Pero, como no podía darle la salud física, le daba con el consuelo y su atención esmerada lo mejor que le podía dar: una paz inalterable, preludio de la que le esperaba al paciente en el Cielo.

Así le ocurrió con aquel caso que tanto se comentó. Ana Chain empezó a acumular en el estómago abundante ácido, segregado por el páncreas, y el abdomen aparecía abultadísimo. Sobrevino una hemorragia, y el Doctor se rindió:

- No hay nada que hacer. La operación es imposible con hemorragia semejante.

La pobre Ana, que era enfermera, no aguantaba aquel sufrimiento y pidió serenamente:

- Si usted ya no puede más, que venga el Médico que puede hacer mucho por mí. ¡Que venga el Padre Valtierra!

Y apenas llegó el Padre, empezó a rezar el Padrenuestro mientras pasaba su mano por la mano de Ana. Era impresionante ver el cariño con que lo hacía. Ella se fue calmando y durmiendo, durmiendo..., hasta que expiró como un ángel y con una paz de cielo...

Igual con aquella joven venida desde Santiago de Veraguas. Desahuciada en el Oncológico, habían de regresarla a su tierra en una camilla. Previsión terrible, y lograron que permaneciese en el Hospital. Se acercó el Padre, que la atendía, la consolaba, le pedía unirse a Jesús Crucificado. Murió como una santa, y al expirar le dirigió al Padre una sonrisa indescriptible...

No diremos que el Padre Valtierra hiciese milagros. Pero ciertas intervenciones suyas revisten un carácter que no deja de ser extraño. Dejamos la palabra a una Enfermera.

- Era un 3 de Noviembre, nuestra Fiesta Nacional. A las dos de la noche llegaba de Cuidados Intensivos el Capellán de atender a un enfermo grave y me encuentra a mí que me hallaba muy mal, con un grade y extraño dolor de cabeza. Soy enfermera, sé que aquello no era una cefalalgia cualquiera, y el Padre me vio muy rara:

- ¿Qué está haciendo aquí con esa cara?

- Un dolor de cabeza horrible, Padre. Póngame las manos y cúreme.

- Es que yo soy Dios, ¿o qué? ¡Vaya ocurrencia!

- No es Dios, ya lo sé; pero si usted quiere, puede curarme.

El Padre, riendo, pero con toda fe, me impuso las manos. Al cabo de un rato, yo no tenía nada. Esperé el amanecer para ir a la Iglesia de Cristo Rey a dar las gracias a Dios y también al Padre, al que le dije emocionada:

- ¡Usted me curó, usted!

- ¡No, no digas eso! ¡No fui yo!...

Con esta viveza lo sigue contando todavía hoy la agraciada Doris Batista.

El Padre administraba los Sacramentos a los enfermos graves, pero no se detenía en el simple rito de la Iglesia, sino que hacía con cada uno mucho más. En todos se repetía lo que cuenta una testigo privilegiada:

- En la enfermedad de mi madre, allí estaba siempre, siempre, siempre... allí estaba todo el día con su bata blanca. No les daba a los enfermos solamente la Comunión o la sagrada Unción, sino que conversaba con ellos de su vida, de su familia..., es decir, existía un vínculo con el enfermo, que se sentía acogido y feliz. Y al final siempre les decía: “El Señor te bendiga, y te guarde en su paz para la vida eterna”.

En este preparar a los pacientes para que se fueran felices a su encuentro con Dios tuvo éxitos a montones. ¡Cuántos murieron en una paz admirable después que el Padre les hablara con tanta alegría de la vida eterna en la que iban entrar! Era todo un especialista. Aunque cierta vez ocurrió el caso divertido y muy comentado después por todos. Le hablaba y hablaba al paciente, un chino viejo que no estaba precisamente de muy buen humor:

- ¡Anímese, que Dios le está esperando para darle su gloria! Verá qué bien estará en el Cielo...

Y el chinito astuto, que por lo visto tenía pocas ganas de dejar esta “triste” vida:

- Pale, ¿quiele cambia?...

Jornada de un tirón

¿Con cuantos enfermos hizo todo esto? Con todos. Nadie entiende cómo se pudo multiplicar aquel hombrecillo. Cuando entró en el Santo Tomás tenía el Hospital cono término medio 625 pacientes, y al dejarlo en 1991 había llegado a los 800. Era imposible atender a tantos sin una entrega absoluta. Y aquí vienen ahora las expresiones de tantos y tantos testigos, de todos los que le trataron, y sin excepción alguna.

Un Doctor: “No había horario para este hombre. Lo mismo eran para él las seis de la tarde que las dos o tres de la mañana. Hombre increíble. No se le notaba jamás cansado. Cuando se le llamaba, allí estaba él”.

Las Enfermeras, una tras otra, y todas lo mismo: “Nosotras lo llamábamos a las tres de la mañana, a las cuatro, a las cinco..., por la noche. No había hora para el Padre”.

El cronista de Cristo Rey: “El Hospital, mejor dicho, los hospitales, reclaman los servicios del Padre Valtierra las 24 horas del día”. Por eso, dirá el mismo Padre Villanueva:

- Constituciones, Reglamento..., Valtierra tiene un *Decálogo* especial y por él se las entiende con Dios...

Esto de ir tantas veces de la casa de Cristo Rey al Hospital tiene anécdotas innumerables, a cual más curiosa. Aquélla de en medio de la noche fue la más celebrada de todas, y aún la cuenta testigo presencial:

- Nosotras trabajábamos en el Oncológico y el Padre venía siempre que se le llamaba. Por la noche se cerraba el portón, y quedábamos solas. Aquí quedaba sólo el guardián y la enfermera. Nosotras éramos jovencitas. Se le llamó al Padre por un enfermo bastante grave, pero la enfermera no oyó. El Padre llama que llama, y como nadie acudió a la puerta, el Padre se sentó en la piedra. Al cabo de dos o tres horas, al abrir por la mañana, el susto:

- Padre, ¿pero qué está haciendo aquí?

- Hay un enfermo por el que me han llamado. Me necesitan, y aquí estoy.

Y otra que resultó divertida. Llovía fuertemente, cuenta una Enfermera, y nosotras le llamamos. Llegó, pero, ¿de qué manera!

- ¿Qué le ha pasado hoy, Padre?

- Nada, que he resbalado, me he caído, se me soltó de la mano la Biblia, que fue a dar en el suelo y mi cabeza sobre ella. La Biblia ha hecho que no se me rompiera el cráneo.

Añade otra:

- Es verdad, él venía a la hora que fuese, con oscuridad o lloviendo; se sentaba junto al paciente, le hacía rezar, oraba él, y después seguía buscando a otros enfermos, porque aprovechaba para ver a todos. Una le llamaba por un enfermo, y él iba después uno por uno a todas las camas buscando, pues decía: “No sea que haya otro enfermo que me necesita y no me llamen”.

Pronto veremos cómo quería a las Enfermeras; pero, ¡pobrecitas como no le llamasen a tiempo o a destiempo si se presentaba un enfermo grave!... Y al muchacho quinceañero, indio kuna, que fue a Cristo Rey como aspirante a Misionero —hoy sacerdote claretiano, el Padre Benicio—, le dejó encargado:

- Si me llaman durante la comida o durante la siesta, avísame inmediatamente.

Y añade Benicio:

- Llamado, dejaba el plato a mitad o el descanso para salir sin más al Hospital

Nada extraña esta actitud, porque dejaba hasta la cama cuando estaba enfermo, como nos cuenta una Enfermera:

- El Padre tuvo con nosotras un problema de salud y estaba acostado en un momento crítico; sin embargo, el Padre dejó la cama, a pesar de estar ligado con sonda, porque quería hacer su recorrido. Y nosotras: ¡Pero, Padre, Usted no está para eso!... Lo hubimos de sujetar. Y, apenas se mejoró, empezó a trabajar igual.

El beeper y el R4

Aquí viene ahora el caso del famoso “beeper”. La Clínica Puerta, en la misma calle unas tres cuadras abajo, era privada y no le tocaba para nada al Padre Valtierra. Pero él la tomó por su cuenta e iba a ella por cualquier enfermo que le llamase. Para que no caminara inútilmente si no hacía falta, las Enfermeras le regalaron un “beeper” que se hizo célebre, porque ahora las Enfermeras del Santo Tomás, del Niño o del Oncológico lo utilizaban tanto como las de Puerta. Y lo dice el mismo Padre:

“Mi amor es el trabajo por estar junto a los enfermos. Un trabajo muy duro. Tenía un beeper o movilphone del que no me separaba, porque de día y de noche el paciente era lo primero. No se cuentan los años, sino el modo de vivirlos. Uno supera todo con el amor al trabajo”.

Hablamos hoy con Médicos y Enfermeras, y saltan con llamar todavía al Padre Valtierra el “R4”. ¿A qué obedeció este nombre tan curioso, tan inesperado? Como el Padre exigía que se le llamara apenas había un enfermo grave, él se daba tal prisa que, para cuando llegaba al lado del enfermo el Médico —el Residente 1, el 2 ó el 3—, ya le había ganado la partida el Padre Valtierra. Esto era indefectible. ¡Y con el R4 que se quedó!

Las Enfermeras lo cuentan muy bien:

- Llegaba a toda hora, porque para él no existía hora alguna. Lo mismo llegaba por la mañana, por la tarde, a la madrugada... Cuando teníamos un paciente crítico, nunca se miró

la edad del Padre ni hubimos de decir: “El Padre está cansado”. Le llamábamos con una excusa: “¡Padre, le estamos llamando!”, y él: “Sí, ¿cómo no?”. Y en esos casos de paciente grave, nuestra conversación era: -¿Ya llamaron al Padre? -Sí, ya llegó el R4...

Los mismos Médicos lo sabían: -Llamen al R4... Incluso en las órdenes médicas lo decían: “Llamar al R4”.

Doctores y Enfermeras utilizaban el festivo R4 especialmente cuando querían despistar a los familiares para que no se asustaran por la gravedad del enfermo. El Padre se presentaba con toda naturalidad como si no hubiera sido llamado...

El famoso beeper del R4 mereció una estrofa sagaz del poeta Padre Aramendia:

“Estás a la mesa comiendo - o acaso en la noche soñando, - alguna flor recogiendo - o alguna oración recitando, - y suena el Movil Phone - junto al corazón, - y raudo te vas - cual ángel de paz - hacia el Hospital”.

Resulta tan original el lenguaje de las Enfermeras, que es mejor dejarlo en toda su encantadora naturalidad:

- Cuando nosotras lo llamábamos, si el paciente había fallecido, nos daba “coscorrones”. Decía: ¿Cómo es posible que me llamen cuando el paciente ya ha fallecido?... Decía que nosotras teníamos que saber que le habíamos de llamar antes de que el paciente muriera. Se molestaba cuando llegaba un paciente y ya lo encontraba muerto. Él nos regañaba: -¿Qué hicieron ustedes? -¡No, Padre! Yo le avisé, le recé... Siempre decía: -¿Qué más le hicieron?... No sabíamos qué más decirle. Por eso nosotras teníamos que decirnos: -¡Llamen al Padre! ¡Llamen al Padre!...

Aunque la verdad es que las Enfermeras estaban muy bien formadas por el Padre para atender al que estaba en las últimas y ya no se podía llamar al Capellán.

Al llegar el Padre, tenían que arreglar bien el cadáver:

- Nosotras lo envolvíamos, y, no sabemos cómo se daba cuenta, que allí se presentaba el Padre para rezar por él un primer responso. Ante todo, tenía que rezar por el difunto.

Números que cantan

Como una muestra de lo que eran los ministerios en el Hospital Santo Tomás cuando los pacientes estaban por los 625, véase la estadística de los ocho años 1943 a 1950, años en exclusiva con el P. Valtierra como Capellán:

Bautismos, 2.237
Confesiones, 16.874
Comuniones, 22.813
Extremaunciones. 5.239
Matrimonios, 225
Conversiones a la Iglesia Católica, 29

No los anotaba el Padre Valtierra por capricho o por vanidad. Era algo reglamentario el llevar fielmente la cuenta para la crónica de la Comunidad, que conservaba cuidadosa todos los ministerios de los Padres.

Un Hospital digno y cristiano

Aparte de esta atención personal a los enfermos, el Padre tenía sumo interés en que el Hospital fuera y diera la apariencia de verdaderamente cristiano y católico. De aquí la solemnidad con que celebraba la grandes fiestas. Por ejemplo, el año 1943, dos años justos después de su llegada, hacía la Consagración del Hospital al Inmaculado Corazón de María. Consiguió traer la Banda Militar americana de Fort Clayton, y realizó el acto con la asistencia de doctores, enfermeras, practicantes, técnicos, empleados y de varias delegaciones.

La Fiesta del Patrón Santo Tomás de Villanueva, aún antes de contar con el Monumento, la preparaba con esmero, predicaba la Novena entera, disponía a los enfermos para una buena confesión, y el año 1946 en concreto llegó a distribuir entre Novena y Fiesta hasta 2.000 Comuniones, de modo, escribe atinadamente la crónica de Cristo Rey, que “el Hospital se convirtió en un comulgatorio”.

Especial interés le mereció el que cada sala estuviera presidida por la imagen del Santo Cristo, sobre la cual escribía:

“¡Cómo consuela al enfermo su contemplación en las horas de dolor! Vienen a la mente aquellas tiernas estrofas: Cuántas veces mi madre querida - a los pies de aquel Cristo bendito - me decía la Cruz señalando: - Míralo bien, hijo”.

Todas las fiestas eran ocasión para demostrar el Padre Valtierra su amor a Jesús y su entrega a los enfermos. Pero la palma se la llevaba indiscutiblemente la Navidad. Era clásico el pesebre del Hospital, y la noche del 24 de Diciembre resultaba todo un acontecimiento. Dejo la palabra a una testigo muy autorizada:

“Ante la puerta de cada sala se colocaba el Padre con el Niño de Belén en las manos rodeado por los miembros de tres familias, bien provistos de instrumentos musicales: un armonium, violines, acordeones..., y empezaban los villancicos. Lo pueden contar sus protagonistas, las Familias Cochez, Chapman y Molino, que aún lo recuerdan emocionados. Durante los cantos, el Padre pasaba cama por cama a darles a besar el Niño a los pacientes, y los bendecía, muchos de los cuales no resistían la emoción y se deshacían en lágrimas... Después, inaugurada ya la Capilla de Santo Tomás, la fiesta y los cantos se desarrollaban en ella, retransmitido todo a las salas por los altoparlantes, pero el beso de los seiscientos o setecientos pacientes al Divino Infante se lo estampaba cada uno en su cama, de modo que no quedase uno sin ese consuelo que les llevaba el inocente y fervoroso Capellán”.

El nacimiento y la fiesta se celebraba por igual en los tres Hospitales.

- En nuestro Hospital del Niño, igual que en el Oncológico y el Santo Tomás, y hasta con más razón, hacía para la Navidad un belén propio. Y tenían que haber visto cómo estaba el Padre cuando notó que algún devoto indiscreto se había llevado robada una de las figuras. No podía faltar ninguna, pues todas tenían su significado. Con el Niño Jesús enterrecía el Padre a todos.

Y ocurrió precisamente en Navidad lo que cuenta una Enfermera:

- Llegó la gran fiesta del Padre Valtierra, y mi Madre hubo de ser hospitalizada por mieloma múltiple, enfermedad muy delicada, pues se le podían quebrar los huesos en cualquier momento. El Padre, tan cariñoso siempre, no tuvo bastante con llevarle el Niño para que lo besara. A ella, por enferma y por ser madre de una de sus Enfermeras, le dedicó una tarjeta muy personal. Así era de fino nuestro Padre.

Todo para todos

Para el Padre no había distinción entre los pacientes: que si ricos que si pobres, que si creyentes o no creyentes, que si de esta religión que si de la otra... Para él todos eran iguales y a todos los atendía con el mismo interés, con el mismo cariño. Las Enfermeras lo recalcan de una manera especial. Por ejemplo, cuando el Padre fue espontáneamente al Hospital Militar Victoriano Lorenzo, del que nos dice una:

- Era un pabellón militar, que estaba dentro del ámbito del Santo Tomás. Allí se atendían los Militares de alto rango, en cuartos especiales para ellos. Y había una sala donde iban los que no tenían rango y los familiares que no tenían cuarto, con sala de hombres y sala de mujeres. Los Militares, cuando ingresaban en el Hospital, ya no eran Militares, sino pacientes nada más, porque el Padre no hacía diferencia, a pesar de que era la época de ellos. Pero los Militares pedían que el Padre Valtierra viniera, nosotras lo llamábamos y el Padre venía. Y el Padre conseguía que los Militares vinieran después a la Misa de los domingos.

El Padre Valtierra, dice el Dr. Abdiel Velarde, nunca hizo distinción entre los pacientes. El 85% eran pobres, ya que los pensionados y, por eso, mejor tratados, eran sólo el 15%.; sin embargo, para el Padre todos eran iguales. Si demostraba algunas preferencias, éstas eran para los ancianos y las viejecitas a quienes nadie visitaba. De aquí que todos los Médicos le queríamos y respetábamos, lo mismo que todo el resto del personal.

Muy llamativo era también el trato que el Padre Valtierra dispensaba a los familiares de los enfermos. Llegaban a hacerse amigos de verdad. Lo cuenta, como cosa notable, el Padre Martínez, actual Capellán del Santo Tomás:

- Es algo notable cómo, a pesar del tiempo transcurrido, los familiares te recuerdan citando año y día la estancia de su enfermo en el Hospital. Se le veía —añaden las Enfermeras— conversar con ellos agradablemente en los pasillos, interesarse por sus cosas y cómo quedaban después amigos.

En las estadísticas de los ministerios del Padre Valtierra hemos visto cómo consigna las “conversiones” de los que venían o reingresaban a la Iglesia Católica. Nada extraño, ante el trato que les dispensaba el amable Capellán. También las Enfermeras hablan de esto como algo muy llamativo en el Padre:

- Estaba el asunto de los hermanos separados, con los cuales no hacía distinción. Porque había también quienes no tenían nuestra misma religión católica o no tenían ninguna, y él Padre decía: “Eso no es problema, eso no es problema”... Así es que no había distingo ni con el enfermo o con los parientes cuando había diferencia de creencias. Nunca vimos un rechazo. ¡Nunca! Y cuando había atendido al enfermo y hablaba con los familiares, éstos se iban a rezar en la iglesia de Cristo Rey. Convirtió a bastantes, principalmente en la sala de Cardiología, donde es mayor el peligro de muerte.

Mucho interés —y más que interés era verdadero rigor— fue el que mostró siempre el Padre con los niños en peligro de muerte, ya que atendía también la sala de Maternidad. Exigía se le llamara con toda urgencia. Y les tenía enseñado a las Enfermeras cómo debían actuar ellas administrando el Bautismo si no había de llegar él a tiempo. Como en tales casos la mamá no había traído madrina, el Padre encomendaba el encargo a sus queridas Enfermeras, que recuerdan con ilusión todavía:

- ¡Cuántas veces me tocó hacer de madrina!...

Sigue diciendo otra:

- En el Hospital del Niño todas las Enfermeras éramos madrinas, pues no perdía tiempo en esperar a que viniesen de fuera padrinos si no los habían traído los familiares. Llevaba siempre consigo el Óleo y el Crisma, y por nuestra parte debíamos tener bien a punto lo que nos tocaba a nosotras, y él nos gritaba: “¡El agua, el agua! ¡Aprisa!”... Porque ningún niño podía morir sin haber recibido el Bautismo.

El Dr. Pereria confirma lo anterior por algo particular suyo:

- Con el bautismo de los niños era especial. A Médicos y Enfermeras nos tocaba hacer muchas veces de padrinos. Se presentó un caso muy singular por el año 1978. El niño “Machuca” había nacido con cardiopatía congénita y no había probabilidad de que sobreviviera. Los papás no tenían ninguna religión y el Padre Valtierra hubo de hacer esfuerzos para conseguir que aquella criatura se fuera al Cielo como un angelito. Al fin accedieron. Mi esposa la Doctora Ana Yansy y yo fuimos los padrinos, que después de algunos años pudimos ver todavía sano y feliz a nuestro ahijado...

Nos decía el Padre, añade la Supervisora de la Sala: “Ningún niño debe morir sin ser bautizado. Cada vez que se cumple con ellos, es como ganarse un escalón al Cielo”.

La preparación de las Enfermeras y el seguimiento de los enfermos le hicieron escribir dos libritos que fueron muy útiles a los destinatarios y de mucha satisfacción para el Padre. Con sólo leer los títulos se adivina el fruto que estaban llamados a producir: El “Manual de la Enfermera Católica”, para que sea, decía, “El ángel de la guarda” de los enfermos. Y el folletito “El modo de asistir a los moribundos”, para cuando no hay sacerdote que asista y la Enfermera ve al paciente rodeado de familiares que no saben sugerirle una oración. Publicó además el “Devocionario del enfermo”, del que llegó a repartir 2.000 ejemplares a los pacientes.

Además, el Padre Valtierra, en conformidad con aquella su piedad tan encantadora que conservó siempre, repartía a los pacientes en sus camas alguna estampita, un rosario, una medalla, un escapulario... Simplicidades, pero de efectos sorprendentes. Que nos lo diga una Enfermera:

- Recuerdo cuando se le llamaba al Padre Valtierra, a cualquier hora de la noche, a la madrugada... Él venía al instante, con su sonrisa de siempre. Attendía al moribundo con aquel su amor, y a nosotras nos daba las gracias por haberlo llamado. Así siempre. Iba primero a los de cuidados intensivos, oraba por ellos, y seguía después por los pacientes ya conocidos, visitados anteriormente y rezando otra vez por ellos. Era una imagen de Dios con los pacientes, parecía el mismo Dios con ellos.

El primer homenaje

No llevaba todavía más que cinco años en el Santo Tomás cuando ya se había ganado a Médicos, Enfermeras y pacientes de tal manera que le dedicaron un homenaje, sencillo pero caluroso, el primero de los que seguirían después con verdadera solemnidad incluso a nivel nacional.

Era el 27 de Octubre de 1946, cumpleaños del Padre. Organizado por la Asociación Nacional de Enfermeras de Panamá, se tuvo en el Salón Claret, con asistencia del Arzobispo,

Superiores Claretianos, numerosa representación del Cuerpo Médico, Enfermeras y selecto público. El Padre lo comentaba con sencillez:

- Tuve que aceptarlo por redundar en bien de la Congregación y porque con estas cosas se estrechan más y más los lazos entre la ciencia médica y la religión, a la vez que se establece un punto de contacto entre la piedad y las diferentes secciones del Hospital con todo su numeroso personal. “Todo a mayor gloria de Dios”.

El Padre, adelantándose a lo que hoy vemos con toda naturalidad, supo contar con laicos valiosos en su apostolado con los enfermos, como lo atestigua autorizadamente la Srta. Lucía Ortiz:

“Son dignas de alabanza algunas Damas de Acción Católica que se brindan a ir por las salas animando a los pacientes para que reciban los Sacramentos, lo mismo que varias damas de la Tercera Orden de San Francisco, que ayudan a los enfermos y les recuerdan sus deberes cristianos. Tanto el Capellán como las almas buenas que visitan el hospital se inspiran en su apostolado con este pensamiento de Bossuet: “El dolor produce dentro del alma un desierto donde resuena la voz de Dios”.

Médicos y Enfermeras

Pero, claro está, el Padre contó ante todo y sobre todo con un Cuerpo de Médicos y unas Enfermeras auténticamente de excepción, porque se identificaron con el Padre en una misma misión de manera sorprendente.

El Padre, por su parte, tenía la idea muy clara:

“Estoy convencido de que deben trabajar siempre en equipo el Sacerdote, el Médico y la Enfermera”.

Estas palabras tan lacónicas, las expresa después de modos diversos. Mirando su propia misión de Capellán, escribe:

“La distinción amorosa que hará el divino Juez con los que se dedican al cuidado de los enfermos, es lo que nos alienta especialmente a los Capellanes de los hospitales a consagrarnos al servicio del que sufre, unidos en este hermoso apostolado al médico y a la enfermera cristianos”

Y refiriéndose después a Médicos y Enfermeras, seguirá:

“Nada tan bello en la vida de Cristo como verlo rodeado de enfermos a quienes acoge con un gran amor. Ahora bien, el doble de este Médico divino que recorre Palestina haciendo el bien y sanando a todos, sois vosotros, Médicos y Enfermeras, siempre rodeados de enfermos para revitalizarlos a fin de que gocen de la vida, tesoro precioso que bien explotado se goza con él la vida feliz”.

Idea ésta que expresó el Padre con un hecho muy peculiar. Su gran amigo y gran católico Dr. José María Núñez se hallaba en su última enfermedad. Y su sobrina Manuelita Núñez fue a buscar al Padre Valtierra. Encuentro emocionante entre los dos. Al asistirle el Padre y ofrecerle la Sagrada Comunión, le dijo:

“José María, el Médico *divino* viene a buscar al Médico *humano*”.

El moribundo, que ya casi no podía hablar, hizo un esfuerzo para responder emocionado:

“¡Gracias, gracias, gracias!”....

Las Enfermeras especialmente

Constituyen todo un caso en la vida del Padre Valtierra. Aquí los testimonios se amontonan uno sobre otro y no se sabe cuál escoger.

Aparte de Capellán del Hospital, el Padre era Profesor de Religión en la Escuela de Enfermeras, lo cual le sirvió para inculcar en las alumnas una fe cristiana honda, la piedad sincera, la convicción de que su profesión no era solamente un oficio en sus vidas, sino una alta **misión** recibida de Dios para bien de los demás.

Al principio, el término medio de las graduadas era de dieciocho cada año. Pero a partir de 1949, por decreto del Presidente Arnulfo Arias, que era Médico, se amplió la Escuela de Enfermeras, procedentes de toda la República, de modo que el 1954 recibían el título 54 alumnas magníficamente preparadas.

La *graduación* de las nuevas Enfermeras iba siempre precedida de la *consagración* que hacían el día antes a Dios y a la Virgen con acto solemne en la Iglesia de Cristo Rey. Año tras año va consignando la crónica esta consagración de la que se guardan numerosas fotografías.

La expresión que conservan y repiten hoy todas las Enfermeras es siempre la misma: “¡Nos formó!”.

Formación que les impartía no solamente con las clases y su librito de 111 páginas “La Enfermera Católica”, sino también con los Retiros y Ejercicios Espirituales, dirigidos por el mismo Padre Valtierra, a los cuales acudían —sigo leyendo la crónica— en número muy alto, 25, 60... Una vez anota con gozo: “El número de asistentes, como ningún año, 80. ¡Bendito sea Dios!”... “Y de las alumnas de la Escuela profesional, en su 2º aniversario, comulgaron 200 en total”.

Así lo recuerdan aún tantas alumnas de entonces:

- Cuando yo era estudiante en la Escuela de Enfermería, todos los días nos celebraba la Misa a las 6 de la tarde y nos explicaba el Evangelio. Fue con nosotras un sacerdote único, de admirar, de querer, siempre con su sonrisa, y siempre con su frase favorita: ¡Muchas gracias!...

El Padre pensaba mucho en las Misiones y, aprovechando la “Jornada del dolor”, enseñaba a las Enfermeras a ser verdaderas misioneras:

- Ustedes, ofreciendo a Dios el cumplimiento de su duro deber; y, además, inculcando a los enfermos el aceptar sus sufrimientos con espíritu cristiano, uniéndose a Jesús, para la salvación del mundo infiel.

Todos sabemos lo que era el Padre Valtierra en su devoción al Niño Jesús y cómo construía cada año el nacimiento de la Iglesia y el principal del Hospital. El principal, porque las Enfermeras hacían el suyo en las salas respectivas. Aquellos belenes eran fuente de piedad y, para las Enfermeras, algo más... Una nos enseña la foto de aquellos años con varias descansando y charlando ante él, “porque allí teníamos nuestra tertulia”, pero el Padre lo aprovechaba bien:

- ¿Ven cómo la Virgen mira a Jesús y lo da a los pastores y a los Magos? Así lo deben hacer ustedes, y así lo deben guardar en su corazón, para llevarlo después y darlo a los enfermos.

Si esto no es pedagogía...

Entre las Enfermeras destaca como una institución Rosa Elvira Pérez. Con merecido honor y reconocimiento, y sin haber sido Presidenta de ANEP, el nombre de la “Líder Gremial” es el primero con que tropiezan los ojos al abrirse la puerta de la Escuela Panameña de Enfermería. Al escribir estas líneas, la Srta. Rosa Elvira, en sus noventa y cinco años bien cumplidos, es con su mente despejada un archivo viviente de recuerdos del Padre Valtierra, que la quería indeciblemente al verla un alma tan gemela a la suya. Directora de la Escuela de Enfermería, colaboró con el Padre de manera decisiva en la formación de las jóvenes candidatas:

- Aparte de Profesor en la Escuela, el Padre Valtierra era ante todo el Director Espiritual, y le dábamos a este su carácter un gran valor. Al Padre le remitía siempre los casos más difíciles. Se me presentó uno especialmente delicado. Sin pensármelo mucho, puse a la joven en manos del Padre Valtierra. ¿Qué le dijo el santo Director? No lo sé. Pero la muchacha procedió siempre después con una normalidad envidiable.

El trato con sus ángeles

Se hizo clásico el nombre que daba a las enfermeras: “Los ángeles blancos”. ¡Y cómo quería a sus ángeles! ¡Y cómo los trataba! ¡Y cómo ellos lo querían a él!... Era la “Legión Blanca” del Hospital. Reunidas para tomarles estos apuntes —las veteranas ya jubiladas con las más jóvenes de entonces y que aún están en plena actividad—, era una delicia escucharlas, quitándose la palabra unas a otras:

“Nosotras veíamos ese ánimo que él transmitía a la enfermera. Nosotras nos sentíamos bien con él. Y lo que yo recuerdo es que él hablaba de la Enfermera, pero era que nos veíamos en el Cielo, porque lo decía así: “Enferméra”, acentuando esa É, de modo que nosotras nos sentíamos como *ángeles verdaderos* alrededor de él”.

Esto de “EnferMÉra”, pronunciado así, lo atestiguan todas, con expresiones que son intocables:.

“Tenía un amor increíble por las Enfermeras, y él decía con calor “¡La Enferméra!”... Y lo decía con un amor tal que una se conmovía al escucharlo. Por eso nosotras lo queríamos así”.

“No podemos olvidar cómo venía a nuestras salas, saludando con mucho amor a sus “ángeles blancos”, y por eso teníamos nosotras el mismo sentimiento con él y todas las que hemos llegado hasta hoy no lo olvidamos y nunca lo olvidaremos mientras tengamos vida”.

“Y así como pronunciaba con tanto cariño la palabra “Enfermera”, decía con tono solemne: “¡Las beneméritas Enfermeras”. ¡Qué bien aprendimos esta palabra: “Beneméritas!”... ”

“El Padre era un amor increíble. Él daba la vida por la Enfermera. Ésta es la verdad”.

Les hubiera dado la vida a las Enfermeras como les daba confites. ¡Algo curioso! Siempre iba provisto de pastillas, chokolatitos, caramelos...

Se los daba o se los dejaba escondidos:

- Padre, usted pasó, aunque no le hemos visto. Lo sé porque me ha dejado la pastilla de menta.

- Sí, pero usted estaba jugando con el paciente.

“El Padre como que nos acostumbró al confite, de modo que si no venía lo echábamos a faltar. Yo no sé la causa, pero si él faltaba..., es que nosotras lo queríamos”.

Y aquellas delicadezas tan suyas. Como la felicitación a la Supervisora en la sala de Maternidad, al regalarle *Camino*, de San Josemaría Escrivá: “María de la Cruz, reciba en el día feliz de su onomástico este librito de su *compañero de jornada*. P. Valtierra”.

“Por mi parte, y como Supervisora durante nueve años en turnos rotativos, al verme algo decaída, siempre traté de mantener la fortaleza de cuerpo y alma ante el ejemplo que veía en mi *compañero de jornada*, como se llamaba el Padre al tratar conmigo.

“Como dice la compañera, el Padre mantenía una sonrisa fuera de serie, con lo curioso que él era. No tenía tamaño, porque era chiquito. ¡Qué gracioso era y qué chistoso! Un Padrecito feliz, siempre feliz, nunca lo vimos cansado para nada. Pero lo más notable era la alegría que él transmitía, y nunca vimos triste al Padrecito, sino siempre alegre, cuando nos decía: ¡Ánimo, muchachas!... De modo que una se sentía feliz, ¿entiende?, una se sentía importante, y por esto es que aún ahora amamos tanto nuestra carrera”.

Nada hay que decir del Padre cuando se enfermaba uno de esos sus “ángeles blancos”. Asistencia muy especial. “Y cuando moría una, ¡qué Misa!, nos emocionaba hasta las lágrimas”. Hay que ver lo que hizo por aquella enfermera joven que pasó diez años en cama dentro del Hospital hasta que murió...

Y lo que eran sus visitas al cementerio con el grupo de Enfermeras cuando iban a recordar y encomendar a Dios a las que ya se habían ido...

Del testimonio de ellas, queridas tan entrañablemente, vamos al testimonio de su gran amigo el P. Agustín:

“En cuanto a su castidad, la hoja totalmente en limpio. Tan puro, tan puro...”.

Sólo que un protestante no pensaba muy limpiamente, y al ver al Padre Valtierra de aquel modo con las Enfermeras, un día se atrevió a insinuarle a una:

- Ese Padre siempre con ustedes así...

En mala hora lo dijo. La joven Enfermera agarra una escoba, y, palo en alto, empieza a perseguir pasillo adelante y escaleras abajo al atrevido malpensado, que sin decir “ni pío” ya no apareció más por allí...

Sus conocidos enfados

Aquel trato tan cariñoso no se rompía ni cuando se enfadaba con ellas por el único motivo importante, como era el no haberle avisado, aunque sin culpa, para asistir a un enfermo grave: ¿Por qué no me han llamado antes?... Daba un taconazo suave, porque sus zapatillas no llegaban para más, y soltaba un “¡Caray!” más suave todavía.

Hasta que un día le suelta una graciosamente:

- Padre, con ese ¡caray! no se desahoga. Dígalo fuerte: “¡Qué vaina! ¡Carajo!”. Así, como lo decimos los panameños...

El Padre sonrió..., y hasta el siguiente ¡caray! tan suave como el anterior.

Cuando ellas se excusaban por no haber llegado a tiempo para llamarle o le pedían agua bendita para las salas “porque se oyen a veces ruidos extraños”, él respondía riendo:

- ¿Agua bendita? Y en abundancia a ustedes, que son las diabras...

Si llegaba él tarde, ya lo sabía la Enfermera, que no tenía la culpa, porque había llamado puntual: “Oiga, Señorita, ¿por qué no me ha llamado a tiempo?”, y dicho con una voz que lo oíamos en todo el Hospital, narra un Doctor.

Eso, las regañadas. Pero las aprobaciones tenían también su puesto en la conducta diaria del Padre Valtierra. ¿Enfermo grave, le llamaban, y llegaba a tiempo?... No sabía reprimir su satisfacción. Con una palmadita en la cabeza sobre la cofia, bendecía cariñosamente a la Enfermera:

- ¡Muchachita, muchachita, qué bien!...

Y ya que hemos mencionado antes las zapatillas. Eran muy flojas y las tenía destrozadas. Lo malo es que no podía con otro calzado, pues tenía los pies con callos y con unos juanetes que le eran una tortura.

- Cuando le visitábamos en la Residencia Claret algunas Enfermeras, pudimos comprobar aquellos sus pies deformados. Allí comprendimos por qué caminaba pisando con el talón, pues los dedos los tenía separados por los juanetes y callos.

Que lo cuenten ellas:

- Nosotras lo sabíamos, y nos decíamos: “¿cómo puede caminar con estos pies?”. Hasta que un día nos propusimos: ¡Venga!, al felicitarle su cumpleaños, le hacemos un regalito. Le cambiamos esas zapatillas ¡viejas, viejas, viejas!, y le compramos unas nuevas.

Él se las llevó. Pero al día siguiente le vimos llegar con las mismas zapatillas viejas.

- ¿Dónde están las que le dimos ayer?...

- Es que cuando llegué a la Iglesia vi a un pobre que no tenía zapatos y se las regalé.

Lo mismo la otra amiga, que le pregunta a la secretaria de Cristo Rey:

- ¿Cómo es que el Padre sigue llevando esas zapatillas tan gastadas?

- Porque las que le dio usted se las entregó a un pobre que iba descalzo...

Un consuelo tuvieron las Enfermeras, siempre defraudadas en sus obsequios:

- Nos aceptó muy gustoso un regalo. Como era tan aficionado a escribir, le compramos la máquina que tuvo siempre y guardó como el mejor recuerdo de nosotras.

Las Enfermeras siguen contando:

Con la comida era igual. No conseguimos nunca que comiera lo que le poníamos:

- ¡No, no! Yo no me siento. Yo me lo llevo...

Se lo llevaba, sí, para darlo a los pobres, pues decía:

- Yo ya desayuné hoy, y además ya comeré después o mañana.

A los Padres de la Comunidad que le advertían: Vaya con cuidado con esos bolos que se le echan encima y que ya le han escarmentado alguna vez..., les contestaba a su manera:

- Jesucristo también los ayudaba...

Muy bueno, pero exigente

En todos estos diálogos he preferido dejar las frases en toda su espontaneidad original, prueba de su autenticidad indiscutible.

El Padre quería mucho a las Enfermeras, y se lamentaba cuando en una fiesta no pudieron tener el baile por el aguacero que cayó; pero, aseguran ellas:

“Era exigente. Quería que todo lo hiciéramos con perfección, porque era algo que nos imponía nuestra *misión*”.

Y se lamentó una vez, según indica la crónica, porque después de mucho esfuerzo del Padre en la preparación de una fiesta religiosa para ellas, la asistencia de “ángeles blancos” fue floja, muy floja...

Una enfermera “sin cofia”, como llamaba a las ayudantes voluntarias, me enseña todavía hoy el billetito autógrafo que le dio el Padre:

“Una enfermera debe tener el corazón de una madre, la sangre fría de un médico, la paciencia de un santo. Hacerse una con Cristo y María en la mansedumbre, en la humildad y en la sencillez de corazón”.

“¡Nos formó!”. Aquí estuvo el secreto de tanto amor, de tanto cariño, cantados como nadie por su Enfermera y poetisa Tita de Abouganem:

-¿De quién, nuestra almita joven, - tomó ejemplo de virtud; - de quién, si no fue de ti, - supimos lo que es amor, - sacrificio y rectitud? - ¿No fuiste el faro de luz - que iluminó nuestro ser - ayer que la juventud - nos revistió de poder? - ¿Tu corazón en plegaria - no te vi elevar al Cielo - ante las tumbas calladas - de aquellas que ya se fueron? - ¿Y cómo decirte hoy, - amado Padre Valtierra, - que estamos agradecidas - de tu inmerecido amor, - de tu bondad y tu celo?...

Así discurrían los años del Padre Valtierra en el Santo Tomás, que se vieron alterados por dos acontecimientos que cabe reseñar.

En Mayo del año 1950 el Padre fue autorizado por los Superiores a ir a Roma para la Canonización de San Antonio María Claret, y allí se encontraron juntos, tal vez por primera vez en la vida, los tres hermanos sacerdotes claretianos, los Padres Gilberto, Alberto y Florencio. Con lo sensible y cariñoso que era, podemos imaginarnos la dicha de nuestro Padre.

Al cabo de un año, en Octubre de 1951, el Padre Valtierra se tenía que someter a una fácil operación de hernia. Pero la cosa se complicó, durante una hora se temió seriamente por su vida, pues no volvía en sí y perdió totalmente la respiración y el conocimiento. Dicen que el Dr. Chapman se lució arrancándolo de las garras de la muerte. No tardó el paciente en mejorar, y, para una total recuperación, fue enviado junto a su hermano el Padre Alberto en Colombia, de donde volvió totalmente restablecido para emprender de nuevo sus marchas inacabables por las salas del Hospital.

El trabajo con los enfermos, el colaborar con los Médicos, el trato tan especial con las Enfermeras nos han hecho ver hasta aquí la estampa del Capellán dedicado con tesón a su tarea fundamental. Ahora hemos de hacer un alto para meternos en una obra material dentro del Santo Tomás que le ilusionó mucho y le costó serios disgustos, pero que también inmortalizó el nombre del Padre Valtierra dentro del Santo Tomás.

EL MONUMENTO DEL HOSPITAL

El Monumento a Santo Tomás de Villanueva, en la explanada del Hospital, va a quedar en la memoria como un monumento alzado también a la tenacidad de aquel pequeño Capellán, que se empeñó en levantarlo a pesar de todos los pesares.

Una idea tenaz

El Hospital no tenía iglesia para el culto ni para el consuelo espiritual de los enfermos o de los familiares que les visitaban. Por cercana que estuviese, la Iglesia de Cristo Rey no era lo que necesitaban los enfermos. El edificio se había dado por concluido y no cabía una capilla dentro de sus instalaciones. El Padre Valtierra lo lamentaba, pero, cada vez que proponía hacer algo, recibía una reiterada negativa:

- Una capilla, ¿para qué?...

Así, cada vez que surgía la idea de un lugar para el culto.

La pequeña y vieja imagen del Patrón Santo Tomás se hallaba escondida en un modesto túnel debajo de las escaleras, del cual salía sólo una vez al año en la procesión del día de su Fiesta.

No se quería la capilla. Pero el Padre Valtierra encubría bajo sus formas humildes una voluntad muy tenaz, y al fin tuvo una idea que le pareció luminosa: No quieren una capilla, pero querrán un monumento.

Y lo propuso con táctica muy pensada. Aunque con muchas reticencias, la cosa fue tomando cuerpo:

- Un Monumento de verdad. Con ricos mármoles de Carrara, metales nobles, maderas finas y vidrieras llamativas. ¿Y dónde lo colocaremos? El mejor puesto, en pleno jardín dentro de la explanada del Hospital, como un ornamento del mismo. La fachada del Monumento, cara a la del Hospital; y la parte posterior, hacia la Avenida Balboa, mirando al mar, frente al Monumento Vasco Núñez de Balboa. Un Monumento será para el gran descubridor y héroe de los mares; el otro, para el gran Santo y héroe de los hospitales. Todos los que transiten por la Avenida verán con orgullo patrio los dos Monumentos a la vez

Un poco románticas eran todas estas razones, pero se abrieron paso entre los Médicos y las Autoridades. En Septiembre de 1949, cuando las Bodas de Plata del Hospital y siendo Director el prestigioso Dr José María Núñez, el Arzobispo Mons. Beckman bendecía la primera piedra, en el lugar central del parque, previamente aprobado el 20 de Agosto de 1947 por el Presidente de la República (lo era Enrique A. Jiménez) con varios Ministros y fuerte representación del Club de Leones.

Las dificultades que se presentaron desde el principio fueron muy serias. Hubo que sudar tinta para sacar los más de 25.000 balboas-dólares que se necesitaban, cifra enorme para aquellos tiempos en que la moneda americana conservaba todo su valor.

Después de cuatro años de lucha casi titánica del Padre y sus más cercanos colaboradores, al fin el Arzobispo bendecía el Monumento el día 12 de Julio de 1953 en presencia de las máximas autoridades, empezando por el Presidente de la República José Antonio Ramón Cantera con todos los miembros del Gabinete, Diputados, Cuerpo Diplomático y Consular, el personal en pleno del Hospital, alumnado de los Colegios religiosos y gran asistencia de público.

Abandonando ya para siempre su clásico túnel, la imagen del Santo era trasladada en andas por cuatro prestigiosos Doctores entre una calle de honor formada por las alumnas de la Escuela Nacional de Enfermería y las del Colegio de María Inmaculada. Todo resultó, sencillamente, extraordinario.

Había que admirar aquella obra, tan sencilla y tan bella. La rotonda que forma el Monumento se puede contemplar desde todos los ángulos del parque y desde las puertas y ventanas de la fachada principal. En su parte posterior, y cara a la Avenida Balboa, se alza la estatua de Santo Tomás de Villanueva, de dos metros de altura y colocada sobre un pedestal de un metro sesenta centímetros.

Vinieron los frutos

Ahora cabe el preguntarse: ¿Por qué el humilde Padre Valtierra se empeñó en esta obra que le costó tantos sudores y disgustos?

El Padre sabía muy bien lo que se hacía. Y lo iba a demostrar en los muchos años que le faltaban para fungir su papel de Capellán. El Patrón tenía que ser desde el principio un verdadero Patrón, es decir, el Modelo y Protector de todo el personal que trabaja en el Hospital. Todos debían practicar la caridad y en el Santo tenían un modelo acabado de desprendimiento a favor de los pobres y de atención a los enfermos.

Por otra parte, las gentes sencillas de nuestro pueblo llevan muy metida dentro la devoción a los Santos; y los enfermos que iban a ingresar, los que podían moverse, los que salían dados de alta y sus familiares, necesitaban contar con una capilla donde desahogar sus penas, sus alegrías, sus acciones de gracias a Dios.

Con el Monumento-Capilla ya en funciones, el Padre Valtierra fomentará la devoción al Santo hasta hacerla connatural a todo el personal del Establecimiento; celebrará las Misas dominicales con solemnidad, entusiasmo y bastante poesía también, con el altar a la vista de todos y con un cielo que por sí mismo llama a subir a Dios. Los enfermos lo seguirían todo a través de las ventanas o desde sus camas por medio de los altoparlantes.

Y nada digamos de la Fiesta de Santo Tomás de Villanueva, que revestía un carácter casi nacional. La procesión desfilaba por las calles del Hospital. No faltaba nadie del personal: Médicos, Enfermeras, Auxiliares, enfermos capacitados y sus familiares. Todos... Por religiosidad y por darle al Padre una satisfacción, no podía faltar nadie.

La Misa dominical fue también ocasión para encender a sus queridas Enfermeras, cuenta una Doctora: “Esas Eucaristías que realizaba en la Capilla del Santo Tomás le sirvieron para alentarnos con palabras llenas de amor y sencillez: ¡Sigán su misión de ser ángeles del Señor!”...

Eso de celebrar la Misa a cielo descubierto tiene algo de misterioso. No una, sino varias Enfermeras, me han hecho la observación de que algo raro escondía. Todos sabemos lo que son las lluvias en Panamá, abundantes durante casi todo el año, y que se presentan a cualquier hora del día. ¿Qué tenía el domingo, y son cincuenta y dos al año, para que le dejara al Padre Valtierra celebrar la Eucaristía con libertad?... El Padre Agustín cuenta con gracia:

- El Padre Valtierra, cuando amenazaba lluvia, sacaba del bolsillo su rosario, lo agitaba mirando al cielo, y el caso es que el agua le dejaba en paz.

Esto lo hacía por la Misa dominical y en beneficio de los demás. Por su persona, ni se le ocurría, como cuenta una Enfermera:

- Un día lo llamé cuando estaba lloviendo torrencialmente. Y él vino:

- Pero, Padre, ¿cómo se le ha ocurrido venir así?

- Yo no podía quedarme en mi casa cuando estaba muriendo un paciente.

Para los demás, todo cuidado. Para él, ninguno.

Y la vida seguía...

Antes de la inauguración del Monumento, el Padre fue autorizado por los Superiores a ir a Roma para la Canonización de San Antonio María Claret en Mayo de 1950, y allí se encontraron juntos, tal vez por primera vez en la vida, los tres hermanos sacerdotes claretianos, los Padres Gilberto, Alberto y Florencio. Con lo sensible y cariñoso que era, podemos imaginarnos la dicha de nuestro Padre.

Al cabo de un año, en Octubre de 1951, el Padre Valtierra se tenía que someter a una fácil operación de hernia. Pero la cosa se complicó, durante una hora se temió seriamente por su vida, pues no volvía en sí y perdió totalmente la respiración y el conocimiento. Dicen que el Dr. Chapman se lució arrancándolo de las garras de la muerte. No tardó el paciente en mejorar, y, para una total recuperación, fue enviado junto a su hermano el Padre Alberto en Colombia, de donde volvió totalmente restablecido para emprender de nuevo sus marchas inacabables por las salas del Hospital.

Inaugurado el Monumento en Julio de 1953, la vida y ministerios del Padre Valtierra seguían su curso normal en el Santo Tomás. Aunque el Padre, aprovechando bien el Monumento, multiplicó los actos religiosos dándoles mucha más relevancia. El 22 de Septiembre de este año, primera Fiesta del Patrón que se celebraba en el Monumento-Capilla, fue muy comentada la ocurrencia de un orador: **“El Padre Valtierra es el Santo Tomás de Villanueva panameño”**. Ojalá resultara una profecía verdadera, decimos nosotros...

En Marzo de 1954 era enviado por los Superiores durante un mes de vacación a Costa Rica, aceptada por él, según frase suya, “para recuperar fuerzas y *gastarme* después en el apostolado del Hospital Santo Tomás”. Volvió de Costa Rica, dice la Crónica, “entusiasmado del clima y de la gente de aquella República”. Aunque, sin él saberlo, esta vacación había sido una delicada invitación de Dios para preparar el ánimo del Padre ante lo que le iba a venir encima, como diciéndole: “No tengas miedo”...

HACIA COSTA RICA

Cualquiera diría que el Padre Valtierra era inamovible de Panamá, y que eso de “misionero itinerante” no daba con él. ¿Seguiría siempre en el mismo puesto, sin abrirse nunca a nuevos horizontes?... No es eso lo más apostólico, y el Padre hubo de demostrar que él también sabía decir con valentía: ¡Aquí estoy!...

La noticia bomba

Un día de Junio de 1954 corrió por todos los pasillos del Hospital una noticia perturbadora:

- ¿Es que no lo saben? ¡Se nos llevan al Padre Valtierra, y bien lejos! Nos lo quitan y lo trasladan a otro Hospital, el de San Juan de Dios en San José de Costa Rica. ¡Hay que hacer algo!...

¡Y claro que se hizo! Nos cuenta la historia de la Casa de Cristo Rey:

“Era tan grande su arraigo en el Hospital y tan querido de todos, que se hicieron listas, mandaron cables hasta Roma, se escribieron artículos en los periódicos, todo a fin de que el Padrecito se quedara en Panamá”.

Pero no hubo remedio. Se decía con razón que “habrá sido un caso rarísimo el de un paciente al que el Padre no haya asistido durante estos trece años de continua labor en el Hospital”. Y seguía la relación:

“En este caso ejemplar admiramos los sacrificios y hasta el heroísmo de la obediencia. El Padre Valtierra era queridísimo de todos, de los Doctores, de las Enfermeras, a quienes él había formado en el carácter y en el espíritu, y de los innumerables enfermos”.

Ante lo irremediable, “lloraban todos, y también lloraba el Padre. Pero éste, en un esfuerzo sobrehumano, se arrancó de todos y se fue a cumplir sus nuevas obligaciones..., para ejercer en otro hospital, mayor todavía y más complicado, los mismos oficios de Samaritano espiritual”.

La conmoción fue tal que el Padre Visitador aconsejó actuar rápidamente, aunque sobró la recomendación, pues el Padre Valtierra, por su cuenta, y en acto heroico de obediencia, sin quejarse ni decir una palabra en contra de la orden recibida, el día 14 de Junio emprendía silenciosamente el vuelo para su destino. Como dice su confidente el carmelita Padre Agustín, “la obediencia del Padre era total: aquí, pues aquí; allá, pues allá. Ni una queja”.

Con los ojos de Dios

La verdad es que este destino resultaba extraño del todo. El Padre Lobejón –bonísimo, equilibrado, incapaz de causar un disgusto a nadie–, había tomado una resolución que a todos dejó perplejos e iba a resultar también para él un quebradero de cabeza.

Poniéndonos nosotros en la óptica de la fe, hemos de decir que este destino fue una prueba a la que el Señor sometía a su siervo para aquilatar una virtud que debía ser heroica en todos los aspectos. Fue una cruz que el Padre Valtierra supo cargar con la elegancia de los santos. En silencio absoluto y con una resignación total. Con semejante obediencia se desprendía para siempre de todo apego a las criaturas y su vida se centraba única y exclusivamente en la voluntad y en los gustos de Dios.

Este quitar al Padre Valtierra del Santo Tomás no sólo afectó hondamente al bendito Padre sino también al mismo Hospital. La crónica de Cristo Rey y el Boletín de los Claretianos, tienen expresiones muy significativas: “Es muy difícil el suceder al Padre Valtierra, no sólo por su abnegada labor sino también por su modo peculiar de trabajar”, aunque “es cierto que nadie es necesario”. Dios, sin embargo, parecía decir a todos: “¡A fiarse de mí, que sé lo que hago!”...

En el nuevo campo de acción

Nos encontramos ya con el Padre Valtierra en Costa Rica. Tomaba posesión de la Capellanía el 16 de julio de 1954, ¡y a trabajar firme desde el primer día!... No vivía en la Casa de los Misioneros, sino en su habitación del mismo Hospital. Y esto que parece tan fácil resultó una pesadilla para todos. El Visitador veía que eso de vivir el Padre fuera de la Comunidad no podía compaginarse con el Derecho de los Religiosos y debería solucionarlo un día u otro. El Padre Valtierra, tan apegado afectivamente a sus hermanos de Comunidad, se encontraba tremendamente solo. Además, el Arzobispo no las tenía todas consigo ante las justas reclamaciones de los Padres.

Pero el Padre Valtierra, dejada la solución en manos de los Superiores, se dio sin dilación al cumplimiento de su deber con los enfermos, a los que iba a querer con el mismo cariño que a los de Panamá. Las noticias que tenemos de estos días se las debemos al mismo Padre Valtierra, que las escribió, dice él, “impulsado por la obediencia”. Por su parte, ya lo sabemos, hubieran quedado en el silencio. ¡Gracias a los Superiores que le mandaron escribir!...

Hay que decir desde el principio que no sólo atendía a los enfermos de un Hospital tan grande, ya que en sólo un año, anota, “han sido admitidos para curarse 29.253”. A su cargo tenía el Padre otras actividades que cumplía fielmente.

El Capellán atendía también el Asilo Chapuí.

Dirigía la Asociación de Hijas de María.

Daba instrucciones a los enfermos de las diversas salas por medio de un proyector y tocadiscos, empuñando siempre el micrófono.

Aparte de las Misas, cada día se rezaba el Rosario; practicaba la Hora Santa de los Jueves Eucarísticos; y todos los sábados hacía la Novena Perpetua a la Virgen de la Medalla Milagrosa, con predicación en todos estos actos. Como se ve, el trabajo era muy fuerte para un solo Capellán.

Igual que en Santo Tomás de Panamá, aquí hablan muy fuerte las estadísticas del San Juan de Dios en San José. Ponemos, como ejemplo, la de 1955, cuando le tocó al Padre Valtierra trabajar y actuar solo:

Comuniones	22.500
Matrimonios	15
Bautismos	250
Viáticos	270
Extremaunciones	1.200

Como se ve, el cronista ha redondeado los números haciendo acabar todos en 0 ó en 5. Tanto da. Y como nota curiosa, para que se conozca lo que le tocaba al Capellán, el cronista anotaba el número de los muertos en el Hospital durante este año: 1.368, niños la mayoría de ellos.

Serenidad en la prueba

Ya sabemos lo que era el Padre Valtierra cuando se trataba de atender a los enfermos. En el San Juan de Dios los miraba con el cariño de siempre. Pero también con un sacrificio mucho mayor que antes, sacrificio que comenzó con la misma llegada al Hospital, como lo exteriorizaba en su primera carta al Visitador:

“El sacrificio de mi salida de ésa ha sido muy grande; ojalá que esas lágrimas hagan germinar las semillas del bien que esparcí en aquel campo del dolor en Panamá y aquí ahora en Costa Rica. Estoy usando casi constantemente el abrigo; confundido me hallo todavía por la multitud de pasillos que se cruzan ante mi vista, perdiendo cuenta de las varas que me restan para llegar al lado del enfermo. A mal tiempo, buena cara”...

Y especifica más en otra carta:

“Ocupado siempre con mis 1.568 pacientes, llevando poco a poco a cada uno una gotita de bálsamo espiritual. Estoy preocupado al ver lo mucho que se debe hacer y cómo se podrá hacer para llevar bien mi misión... La gente, como en ésa, muy fina con uno. Poco a poco conseguiremos una jaulita más bonita. Entre tanto, a volar por los amplios pasillos y a llenarse de gusto con los jardines que hermocean el interior de este templo del dolor, donde me ha tocado ser su sacerdote”.

En carta posterior, ya adentrado el año 1955, escribe:

“He estado muy delicado con afecciones de garganta y otras cosas más, sin contar el trabajo **agotador** de la asistencia a los enfermos”.

Fervoroso y entusiasta siempre

Trabajo “agotador” lo llama él. Sin embargo, encontró el lenitivo en más trabajos que se echaba él mismo encima como una exigencia de sus devociones más hondas, ofrecidas por tres acontecimientos que se celebraron en aquellos días. El Padre Valtierra puso toda su alma de artista y todo su corazón de santo en la preparación y desarrollo de las celebraciones.

Primero, la **Consagración del Hospital al Corazón de María** el 22 de Agosto, dentro del Año Mariano por el Centenario de la Definición Dogmática de la Inmaculada Concepción. Las tres carrozas bellísimas por él preparadas recorrieron patios y pasillos del Hospital y entusiasmaron a todos los pacientes.

Después, el **Segundo Congreso Eucarístico Nacional**, que el Padre Valtierra celebró dentro del Hospital, pero con gran proyección hacia afuera, con solemnidad grande e iniciativas inusitadas.

Finalmente, el 2 de Marzo de 1956, el **Jubileo Sacerdotal de Oro del Papa Pío XII**, al que el Padre Valtierra no sabrá cómo agradecer durante toda su vida las palabras con que el

tan querido como admirado Pontífice llamó a los enfermos: “Joyas preciosas y energía espiritual de la Iglesia”. Aquel día repartía el Padre la Comunión a más de 500 enfermos, intencionalmente preparados por el fervoroso Capellán.

A todo esto, el Padre Valtierra se vio agasajado con mucho cariño por sus Bodas de Plata Sacerdotales el día 14 de Junio de 1955. Aparte de la Misa, se tuvo un acto solemnísimos, con participación del Arzobispo Mons. Rubén Odio; Directorio Médico del Hospital; gran número de Hermanas de la Caridad y alumnas del Colegio Sión; regalos hermosos y significativos, y, el mejor, el del Visitador P. Lobejón y del Superior de la Casa de Ejercicios Espirituales P. Jesús Serrano, que le ofrecían y hasta le mandaban:

- ¡Tómese un mes de necesaria vacación en Panamá!...
- Ya estuve allí en el mes de Marzo.
- No importa, y vaya otra vez.

Era llevarlo de la mano para el gran homenaje que le tributaría el Hospital Santo Tomás. El viaje se lo tenían preparado de antemano, así que el día 18 pisaba de nuevo tierra panameña. ¡Y qué vacación la que le esperaba con las Bodas de Plata Sacerdotales en su Panamá querida!...

En Panamá, la “plata” a montones

Por todo lo que publicaron los demás periódicos, valga lo que decía La Estrella de Panamá:

“El Padre Valtierra será objeto de un homenaje con motivo de haber llegado a sus bodas de plata en el servicio sacerdotal.

“El Comité organizador de este homenaje viene agitándose a fin de que este acto, en honor del Padre Valtierra, creador del Monumento a Santo Tomás de Villanueva, revista el esplendor digno de este abnegado servidor de la Iglesia que tan buena labor realizó en el Santo Tomás.

“En los círculos del Hospital reina gran entusiasmo... y todo hace predecir que los actos que se realizarán para conmemorar las Bodas de Plata Sacerdotales del Padre Valtierra serán dignas de fecha tan memorable”.

Una comisión —con todo un bus lleno de Enfermeras— lo esperaba en el aeropuerto, desde el cual se dirigió directamente al Santo Tomás, donde, al llegar al Monumento-Capilla, se rezó el Rosario y se cantó solemnemente la Salve por el Colegio de María Inmaculada.

El día 19, lleno de la mañana hasta la noche con actos y más actos. La Misa, en una mañana espléndida ante el Monumento-Capilla y solemnizada con toda pompa por el coro de San Agustín, tuvo como orador para cantar las glorias del Sacerdocio al Visitador P. Lobejón, el que lo había destinado a Costa Rica, pero que admiraba y quería tanto al Padre.

Después, desayuno para más de 200 personas invitadas por las autoridades del Hospital, en el comedor preparado con lujo y exquisitez artística por las Enfermeras.

Durante la tarde, concierto por la Banda de la Guardia Nacional, y a continuación Rosario a la Virgen y Trisagio a la Santísima Trinidad en acción de gracias.

En los días siguientes, otros actos organizados por diversas Instituciones, todo ampliamente coreado por la prensa y radio.

Todo consta en el cuaderno impreso que corrió después de mano en mano como el mejor recuerdo. En sus páginas vemos firmas y más firmas —sobrepasan bien las cuatrocientas—, encabezadas por las del Arzobispo Mons. Beckman y del Nuncio Mons. Bernier, las de miembros de varias Entidades civiles y municipales, las de Médicos y muchas Enfermeras, ¡no faltaba más!, igual que las de humildes empleados.

Se conservan en este volumen impreso los discursos que se pronunciaron en estos días. Al no poder traerlos todos aquí, citamos sólo alguno que otro pronunciado por los Médicos y las Enfermeras.

Como el del **Dr. José M^a. Núñez:**

“Esta fiesta de familia para celebrar el retorno al hogar del hermano bueno, es una forma sencilla, pero muy sincera, de decir al Padre Valtierra cuánto le extrañamos, cuánto le queremos y le recordamos”.

Y da la razón:

“La obra del Padre Valtierra, que no sólo es acreedora al recuerdo sino que ha hecho germinar el cariño y el respeto en la gente que es del Santo Tomás, es la labor modesta, continuada por catorce años, de mantener la moral, de acrecentar la fe, que florece en la Oración de la Enfermera, y en los preceptos formulados para los Médicos. Es el desvelo por la corrección de las pupilas de la Escuela de Enfermería; es el estímulo perpetuo a buscar a Dios extendido a todo el personal del Establecimiento. Es el sacrificio del reposo, el desafío de la lluvia y el mal tiempo, en el día y en la noche, pues venía a traer sonrisa amable para todo, la palabra de consuelo derramada con calor humano al oído del que sufre; es el abrir las puertas luminosas de una esperanza infinita ante el hombre agobiado de dolor, al levantar en su mano la Hostia sagrada como un sol de misericordia”.

La Jefe de Enfermería **Bertilda de Franco** y su Asistente **Rosa Elvira Pérez:**

“Las enfermeras que hemos recibido su voz de aliento, su influencia bienhechora, y que hemos podido aquilatar sus cualidades y virtudes en el ejercicio de su apostolado lo recordaremos con cariño, con devoción y con gratitud.

“Aunque esté ausente, en nuestras mentes estará presente, al verlo yendo siempre hacia adelante, con la Cruz en alto, llenos sus ojos con la luz del predestinado, del que lucha, del que se sacrifica por sus semejantes, señalando el camino hacia Dios”.

Por todos los demás periódicos, traemos lo de **La Estrella de Panamá:**

“El paso del Padre Valtierra por el Hospital Santo Tomás ha dejado huellas imborrables y por ello, todos los sectores que sintonizan con su obra se unieron a la celebración de su Fiesta, solemne dentro de su sencillez, pero sobre todo sentida y merecida”.

No se puede acabar estas efemérides de las Bodas de Plata Sacerdotales del Padre Valtierra sin proponernos una reflexión. Hacía un año que se hallaba ausente del Hospital, y sus Dirigentes y personal exigieron a los Superiores el traerlo para semejante homenaje, que parece algo desproporcionado. Catorce años de servicio al Hospital son bastantes, pero no demasiados para una resonancia como ésta. ¿Cómo pudo ganarse el Padre tanta simpatía y tanto amor en tan poco tiempo?...

Algo y mucho había en él de especial. Era, sencillamente, un sacerdote que irradiaba santidad no común; un hombre con amor entrañado; un servidor de Dios y de las almas con entrega heroica desde el primero hasta el último día.

El mes largo de vacación en Panamá lo aprovechó el Padre para su descanso y también, como no podía ser menos, para trabajar espontáneamente lo que pudo en el Santo Tomás tan querido. Hasta que el 31 de Julio regresaba a Costa Rica para reintegrarse a sus labores en el San Juan de Dios.

Aunque español de nacimiento, y ahora costarricense de corazón, **siempre será panameño, naturalizado por propia elección, y panameño como el que más...**

De nuevo en Costa Rica

Sabemos que el Padre Valtierra miró siempre a San Antonio María Claret, el Fundador de los Misioneros del Corazón de María, como un modelo en el trato y el servicio a los enfermos. Y ahora en Costa Rica tuvo una idea que le obsesionó, claretiana cien por cien: ¿Por qué no dotar al Hospital de una Biblioteca que sea medicina y alimento de la vida espiritual de los pacientes?

El Padre Claret, Fundador de la Librería Religiosa y de las Bibliotecas Populares, inundó en sus tiempos a España y Cuba con libros innumerables, libros de formación moral y catequética y, en incontables ediciones, el famoso devocionario *Camino Recto*.

El Padre Valtierra puso manos a la obra, felizmente acogida por el culto personal del Establecimiento. Le facilitaron el local, y la “Biblioteca Claret” se iniciaba con 1.600 libros, presentada por el Doctor Peña Echeverría con enardecidas palabras:

“Queda abierta esta Farmacia Espiritual del Hospital, donde se darán recetas para la salud y salvación del alma, firmadas por el Divino Doctor Jesús”.

Y añade el Padre Valtierra:

“Los enfermos del Hospital rebosaban de alegría. Tendrán en adelante una santa medicina, un alimento espiritual, un aliento soberano en el libro, en la revista amena o en las páginas agradables de historia o en las vistas de paisajes bellos”.

Un final previsto

Sin llegar en este tiempo —breve, por cierto— a la popularidad de Panamá en el Hospital Santo Tomás, aquí el Padre Valtierra iba cosechando también mucho amor, como confiesa él mismo: **“La gente es muy fina conmigo”**.

No podía ser de otra manera, sabiendo cómo son los costarricenses, a los que no se les podía ocultar tanta abnegación y sacrificio del Capellán. ¡Lástima que no le sacaban de la “jaulita”, como llamaba a su estancia y despacho! No se hacía a vivir solo, sin la compañía de sus hermanos de Comunidad.

Pronto iba a acabar Dios con aquella prueba a la que había sometido a su elegido, “el Santo Tomás de Villanueva panameño”...

Como sabemos, tanto el Arzobispo como el Visitador buscaban una salida a aquella situación anómala del Capellán, que, según el Derecho Canónico, no podía vivir ausente de la Comunidad religiosa, por más que el Padre cumpliera su cargo con tanto espíritu, con tanta competencia y tan a gusto de todos.

Y la solución vino de una manera inesperada. El día 15 de Abril de 1956 llegaba a Panamá y se hospedaba en la casa de Cristo Rey el sacerdote Padre Porta, venido de Argentina, y se dirigía a Costa Rica con el deseo de trabajar allí y, a ser posible, en un hospital

(¡!)... En menos de un día, el Visitador y el Arzobispo de San José estaban al corriente de la noticia. Y la respuesta fue inmediata:

- ¡Que venga!

El día 19 escribía el Padre Valtierra:

“Parece que sonó la hora de salir de este Hospital donde por espacio de casi año y medio he trabajado con el mayor gusto en aras de la obediencia, aunque con grandes sufrimientos”.

El día 21 entregaba el cargo al Sacerdote argentino. Y, antes de integrarse a su nuevo destino, el Santo Tomás de Panamá, pedía una vacacioncita de quince días en el Sanatorio Durán, porque “necesito descansar un poco en mi espíritu y en mi cuerpo, para emprender una nueva marcha en el apostolado”.

Su estancia en el San Juan de Dios había sido breve: desde el 16 de Julio de 1954 al 21 de Abril de 1956: un año, nueve meses y cinco días exactos. En tan poco tiempo, nos dice la crónica de la Casa de San José, “su celo y abnegación le merecieron el aprecio y veneración de todos”.

PARA SIEMPRE EN PANAMA

El 12 de Mayo de este 1956, Día de la Enfermera, fue muy especial, como podemos suponer. El Padre Villanueva soltaba un discurso de los suyos... El bondadoso Padre Román se despedía de Capellán después de año y nueve meses de abnegado servicio... Y el Padre Valtierra se presentaba con otro discurso lleno de emoción incontinida... ¡A trabajar de nuevo en el entrañable Santo Tomás, porque aquí no ha pasado nada!...

La segunda etapa

En los treinta y cinco años (Mayo 1956-Mayo 1991) que faltan para que el Padre Valtierra deje el Hospital no hay que añadir muchas cosas *nuevas* sobre la actividad del Capellán, porque todas son *viejas* como las de la primera etapa. Por otra parte, ya se ve que todo lo dicho hasta “El Monumento del Hospital”, no se ha escrito *cronológicamente*, y anécdotas y testimonios son lo mismo de antes que de ahora.

Vemos, por lo tanto, en el Padre Capellán el mismo caminar desde Cristo Rey a todos los edificios hospitalarios; el mismo interés y afecto con los enfermos, Médicos y Enfermeras; los mismos “enojos” como se le llame tarde; idénticas sorpresas del R4 con su beeper inseparable; la misma sonrisa inextinguible; los mismos confites a los “ángeles blancos” y las mismas estampitas, rosarios, escapularios y medallas a los enfermos...

Como todo esto ya lo sabemos de memoria, nos fijaremos en los acontecimientos que se salieron de lo normal en estos postreros años, largos porque el Padre Valtierra se empeñó en irse a los noventa y tres bien cumplidos, ya que Dios le hizo caso... Sí; pues a un Padre de la Residencia, que le expresaba su preocupación por los que alargaban mucho la vida —“¡Qué pena, morir tan viejos!”—, le respondió rápido y festivo: “¡Al revés! ¡Qué suerte tan grande llegar a esta edad!”...

Como tampoco estaba acorde con sus Enfermeras, que le decían un día en grupo: “Morir, ¡rápido, rápido!... De repente, lo mejor”... Y su querido Padre Valtierra: “Todo lo contrario. Lo mejor, con buena preparación, para pedir perdón con tiempo y disponerse con tranquilidad para presentarse ante Dios”...

Números que se adivinan

Vimos anteriormente la estadística de los ministerios del Padre Valtierra en los años anteriores a su partida a Costa Rica. En estos años de después, desde el 1957 al 1991, con pacientes que sobrepasaron con mucho los 625 y llegaron hasta los 800, los números suben notablemente. Sin citarlos, traemos sólo las palabras del cronista de Cristo Rey sobre el Padre en el Hospital: “Confesiones y Comuniones y Extremaunciones ..., innumerables”.

El palmarés de ministerios del Padre Valtierra con los enfermos es impresionante.

Pero, ¿qué decir del espíritu con que los realizaba el celoso Capellán? Como un recuerdo personal mío, no sé transcribir al papel la cara feliz y el gesto inimitable con que él me decía, moviendo las manos y acentuando bien cada sílaba:

- ¡Hay que ver, qué alegría el asistir a un enfermo, administrarle los Sacramentos, y ponerlo en las manos de Dios que se lo lleva al Cielo!

Algo que hizo miles y miles de veces a lo largo de más de cincuenta años.

Uno y no más

Enfermeras y Capellanes están todos acordes: No se puede establecer comparación entre lo que era el Padre Valtierra y lo que había de venir después. Lo del Padre Valtierra era algo *personal*, respondía a un *carisma* especial de Dios y requería también una *gracia* muy particular. No es nada exagerado el decir que el Padre Valtierra es **irrepetible**.

Nos hablan primero las Enfermeras:

- Para el Padre no había tiempo. Nosotras lo llamábamos a las tres de la mañana, a las cuatro de la mañana, a las cinco de la mañana..., por la noche. No había hora para el Padre. Era otra cosa. Hoy es diferente. Nosotras decimos ahora:

- No, ya no se le puede llamar al Capellán. El Padre está descansando. ¿Cómo le vamos a llamar a las tres de la mañana?... Y si se le llama y ha venido, ya no se le llama otra vez. Queremos respetarlo, porque el Capellán no puede más.

Con el Padre Valtierra era diferente, y ya sabíamos el diálogo:

- ¡Padre, le estamos llamando otra vez!...

- ¡Sí, no faltaba más!...

Nunca hubimos de decir “El Padre está cansado”. Se le llamó siempre, a no ser que cayera enfermo; nunca se miró la edad del Padre, y eso nos infundía a nosotras un gran valor.

Cuando vino el cambio y él se tuvo que retirar, todo fue otra cosa. Eso de llamarlo hasta varias veces en la misma noche, ya no. Un Capellán —*que trabajó muy bien*, según el testimonio de todos—, al oír el consabido: “Con el Padre Valtierra no era así”, hubo de responder enérgico: “¡El Padre Valtierra era el Padre Valtierra y yo soy yo!”.

Escuchamos ahora a los Capellanes.

El carmelita Padre Agustín Goicoetxea, Capellán en el Seguro, testigo de excepción, empieza contando lo que dijo al gran grupo de Enfermeras en un su día del 12 de Mayo:

- ¡El “carisma” del Padre Valtierra! Es irrepetible. Dios hizo un “molde”, le salió redondo el Padre Valtierra, y rompió el molde después.

Risas de todas, y una aprobación entusiasta.

Sigue contando el Padre:

- Uno de los sacerdotes que le siguieron, y que trabajó mucho y bien, se rindió: “¡Imposible! Además, intentar hacer lo de él sería como destrozar la obra del Padre Valtierra”.

Y comenta acertadamente el Padre Agustín:

- De sala en sala y de cama en cama, se hubieran necesitado “doce pies”. Por más que los dos únicos pies del Padre Valtierra estuvieran destrozados con callos y juanetes, por lo que el andar le suponía un sacrificio continuo. Me dijeron que en la casa de Cristo Rey alguna vez cayó dormido. ¡Naturalmente!, con eso de ir en una noche tres y hasta cuatro veces al Hospital....

El P. José Luis Martínez se muestra taxativo:

- Todo el trabajo de la Capellanía actual va a ser siempre medido con lo que hacía el Padre Valtierra. Para nosotros, el simple hecho de ser Capellán del Santo Tomás es como una meta o un reto: ¡Ojalá fuera el portento de obra que hacía el Padre Valtierra! Yo me lo he dicho en el pasillo: Pero, ¿cómo hacía este señor?... Hay momentos en que el trabajo supera lo natural. Lo del Padre era *sobrenatural*.

Sigue el Padre Martínez:

Por otra parte, el Hospital del Padre Valtierra no era el nuevo de hoy, con todas las comodidades. El del Padre Valtierra osciló entre los 600 y 800 enfermos, sin aire acondicionado, con el calor de Panamá y el hacinamiento de muchas camas.

Esto fue para el Padre una preocupación enorme. No le tocaba a él, pero procuraba con Médicos, Enfermeras y todo el personal sanitario el mejorar las condiciones de vida, además de lo suyo propio como era el preparar a los pacientes para su encuentro con el Señor.

Para mí esto es *supermotivador* en el trabajo del que soy heredero, en una Capellanía debería ser como la del Padre Valtierra.

Las Enfermeras me tienen dicho:

- El P. Martínez, si se le llama, aquí está a las tres de la mañana, pero no puede más.

A lo que yo me digo: “Así es, así es. Sí, y hay que aceptarlo con total humildad. Yo, el primero. Y al ser comparado con el Padre Valtierra no hay que molestarse para nada, para nada. Así se vive y así me debo proyectar”.

Al hablarme de este modo, me atreví a comentar con el Padre Martínez, todo él sencillez y sinceridad:

- Bien, ustedes, los capellanes que han seguido al Padre Valtierra, trabajan “cualitativamente” igual: con el mismo celo sacerdotal y la misma dedicación. Pero “cuantitativamente”, llegar a tanto como él, resulta difícil, ¿no es verdad?

- ¡Eso, eso mismo! Trabajar con el mismo espíritu que él, sí; pero tanto, tanto..., imposible.

A lo del Padre Agustín: Dios hizo un molde, lo rompió, y costará encontrar otro Valtierra...

Algunos hechos

No habían pasado sino dos años y medio desde el regreso del Padre Valtierra desde Costa Rica, cuando el Presidente de la República Don Ernesto de la Guardia le concedía la Condecoración Vasco Núñez de Balboa en el Grado de Caballero, “en reconocimiento por su larga labor de quince años y sacrificios como Capellán del Hospital Santo Tomás”. El acto se desarrolló con toda pompa el día 11 de Noviembre de 1958 en el Teatro Nacional. Un público muy selecto, con el Vicepresidente y varios miembros del Gobierno de Panamá y de la Embajada Española; con las Autoridades del Hospital y muchos Médicos y Enfermeras; con Sacerdotes y Religiosos encabezados por el Arzobispo Mons. Beckman, y, no hay que decirlo, con todos los hermanos de Comunidad los Misioneros Claretianos.

Es la primera gran condecoración, porque le seguirán otras después, recibida por el Padre Valtierra con tanta sencillez como agradecimiento.

En estos años hubo acontecimientos especiales para el Capellán. Como el ocurrido en Enero de 1964, cuando a las siete de la noche estallaba la lucha entre un grupo de estudiantes panameños contra los “zonians”, lucha que trajo tristes consecuencias y dolorosos incidentes. Se agravó la situación hasta haber muchos muertos y muchos más heridos. Los Padres de Cristo Rey fueron a ayudar al Padre Valtierra, que no daba abasto en la asistencia de tantos heridos. Con él estuvieron hasta altas horas de la noche, pero el Padre Valtierra, con el amor y celo a los enfermos que le distinguía, permaneció toda la noche “rezando” entre muertos y heridos.

Aprovechando el Monumento, donde celebraba solemnemente cada domingo la Misa, había instalado altoparlantes en todas las salas del Hospital, de modo que los pacientes seguían fieles y felices la celebración, tan preparada, “pues se esmeraba en todos los detalles referentes a la música, a la Liturgia, a todo lo referente a la Eucaristía”.

Por estos años, se presentó una contradicción que afectó mucho la extremada sensibilidad del Padre. Nadie lo podía prever. El Monumento-Capilla, cuya construcción costó tantos esfuerzos, le iba a ocasionar un disgusto de muerte. Él mismo lo limpiaba y adornaba con esmero. Estaba muy apegado a él, y parece que Dios le quiso purificar algo en sus intenciones y sentimientos más íntimos... Las autoridades del Gobierno plantearon la cuestión:

- Ese Monumento debe ser trasladado a otro lugar para que la explanada resulte más amplia...

Se iba a ganar muy poco, pero la idea turbadora estaba esparcida y casi aceptada. Al Padre Valtierra le tocaban la niña de los ojos:

- Si se quita de ahí el Monumento, entierrenme a mí en el hoyo que deje.

Las Enfermeras le tranquilizaron:

- Padre, no se preocupe. Donde esté la Capilla estará nuestro Santo Tomás, y allí rezaremos y de allí saldrán las procesiones.

- Tienen razón, tienen razón...

Las autoridades del Hospital consiguieron dejar todo tal como estaba. El Monumento-Capilla sigue en su sitio y no estorba a nadie.

Aparte del servicio dominical desde el Monumento a sus enfermos del Santo Tomás, pudo hacer llegar el Padre Valtierra su voz a todos los enfermos de la República cuando una conocida Emisora le concedió al Padre espacio para dirigirse a todos ellos. Escribió las charlas al pie de la letra y las conservamos en toda su integridad. Se nota palpablemente la felicidad del Padre al poder dirigirse a tantos enfermos, los cuales constituían toda la razón de su ministerio sacerdotal.

El Padre era ciertamente una bendición para los pacientes, nos asegura una distinguida Enfermera:

- Se desvivía por ellos. Vivía todo lo que le pasaba al paciente, sus molestias, sus preocupaciones. Por eso los pacientes lo recuerdan tanto. El “vacío” que dejó no se ha vuelto a llenar. Cuando él se fue, es como si se hubiera perdido esa integración entre él y el paciente.

Aceptamos este testimonio de una Jefe de la Enfermería, completado por el de otra:

- El Padre era una bendición para los enfermos. Pero consideraba que los enfermos eran para él una mayor bendición de Dios. El Padre se sentía bendecido por los enfermos, y esto era para él la mayor satisfacción.

Unión casi incomprensible

Con los Médicos y con las Enfermeras siguió igual que antes. Igual, no, sino mucho mejor, porque cada vez fue mayor la estima mutua. El caso del Padre Valtierra con el Personal del Hospital resulta casi incomprensible. ¿Dónde se da algo semejante? Cuando el Padre hubo de marchar a Costa Rica en acto valiente y hasta heroico de obediencia, todos ellos

quedaron destrozados. Pero, copio de la crónica, “el Señor volvió a llamarlo y a colocarlo en el mismo sitio que dejó, con mayor júbilo de todos que el dolor que sintieron al perderlo de vista”.

Un Médico sonríe al contarlo: “Cuando nos invitaba a la Misa, teníamos que ir los Doctores, ¡aunque no fuera más que por correspondencia!”...

Porque el Padre, aunque con mucha delicadeza, procuró siempre la fidelidad de todos a sus deberes religiosos, y aseguran ellos mismos: “Estaba muy atento a que, en el Día de la Enfermera o del Médico, vinieran todos los profesionales a la Eucaristía”.

Los Médicos reconocían el ascendiente que el Capellán ejercía en el Santo Tomás. Cuando lo de Noriega se necesitó algún sacerdote más, y un Doctor propuso:

- ¿Por qué no se invita al Padre Agustín a que venga aquí y trabaje cobrando un sueldo como funcionario del Hospital?

Una Doctora entonces, aludiendo claramente al Padre Valtierra, repuso:

- ¿Un Capellán, con un sueldo? Por lo menos hace el trabajo de dos Médicos. En nuestro pueblo panameño, más vale la asistencia espiritual en muchísimos casos que la presencia del Doctor.

Y comenta el mismo Padre Agustín, buen conocedor de los Médicos y Enfermeras de Panamá:

- Veneración, veneración, veneración... Esto es lo que sentían por el Padre Valtierra. Esto es lo que yo veía en los Médicos, tan preparados... Veinte, treinta, cuarenta reunidos, y todos queriendo así al Padre Valtierra. Igual que tantas Enfermeras, motivadas interiormente por un Sacerdote... En un mundo tan pobre y a veces tan perdido, que haya cosas tan preciosas... Me dices que si se podría tratar de la beatificación del Padre Valtierra. Encomiéndenselo a las Enfermeras, y verán. El poder de la Enfermera panameña, yo me lo sé....

Una demostración del aprecio en que el Cuerpo Médico tenía al Padre Valtierra fue el homenaje que le rindieron el 21 de Septiembre de 1979.

Primero, con la entrega de la Placa de Bronce del Ministerio de Salud y la Familia del Hospital Santo Tomás “por su abnegación, dedicación y sacrificio”.

Y segundo, AMEHST, la Asociación de Médicos Especialistas del Hospital Santo Tomás, que le confería “El presente Diploma al Reverendo Padre Florencio Valtierra en reconocimiento por el apoyo espiritual proporcionado durante tantos años a los Pacientes y a toda la Familia Tomasina”.

En uno de esos homenajes que le tributaron al Padre Valtierra, con un salón lleno de Médicos en un lado y de Enfermeras en el otro, el Padre Valtierra, tan sencillo, tan chistoso, se le vuelve a su colega el Padre Agustín, y le susurra bromista:

- Oye, Agustín, ¿y qué pensarán y qué dirán de nosotros, tan “tonticos”, esos Médicos tan sabios y tan preparados?...

Risas del Padre Agustín, que comenta:

- ¿Tontico el Padre Valtierra?... ¡Lo preparado que estaba! ¡Lo bien que desempeñó su cargo de Profesor en la Escuela de Enfermeras!... Y había que ver cómo se desenvolvía en ocasiones de tanto compromiso en que se vio, como cuando vino una alta personalidad del Vaticano y visitó el Hospital acompañado del Nuncio. De “tontico”, ¡nada!...

oooooooooooo

Cargado de Oro

Al año siguiente de este reconocimiento del Cuerpo Médico celebraba el Padre sus Bodas de Oro Sacerdotales el 14 de Junio de 1980. Sin tanto ruido como las de Plata en 1955, pero fueron también muy solemnes y sentidas.

La celebración se abría, prácticamente, el 12 de Mayo, Día de la Enfermera. En la Iglesia de Cristo Rey se celebró una Misa en Acción de Gracias presidida por el Arzobispo Mons. Marcos Mc. Grath, acompañado por el Padre Valtierra. A continuación, se inauguraba y bendecía la Casa de la Enfermera, y, como primer acto, tuvo lugar la Condecoración del Padre Valtierra, y le confería la Medalla y le imponía la cinta el propio Presidente de la República Dr. Arístides Royo, que decretaba, como Artículo Único:

“Se asciende al Grado de Comendador en la Orden de Vasco Núñez de Balboa al Reverendo Padre Florencio Valtierra, por su labor humanitaria a favor de las clases humildes, y en especial de nuestros enfermos necesitados siempre del apoyo espiritual y moral”.

El Padre respondió emocionado con un discurso precioso de agradecimiento al Sr. Presidente, pero apuntando también de modo certero a las causantes de semejante distinción: ANEP, “la benemérita Asociación Nacional de Enfermeras de Panamá por su gentil y generosa solicitud para esta Condecoración del Gobierno”, en especial las 19 Enfermeras que ese día celebraban sus Bodas de Oro y las 16 que celebraban las de Plata, “a las que felicito efusivamente y para las que pido un entusiasta aplauso”.

Llegó el 14 de Junio, 50° Aniversario de Sacerdote, y el Padre Valtierra se vio agasajado de mil maneras.

La víspera, el viernes 13, una Misa en el Monumento-Capilla del Santo Tomás, celebrada por el Arzobispo Mons. Mc. Grath, que enalteció la gracia del Sacerdocio, y con la asistencia de Médicos, Enfermeras y Auxiliares del Hospital que podemos suponer. El Director Abdiel Velarde, en magnífico discurso, explicó el sentido de aquel acto:

“Las acciones del Padre Valtierra, Decano de la Medicina del Espíritu, traspasan ampliamente los ámbitos del Hospital Santo Tomás, y es común en todos los hendíos y niveles sociales identificarlo con la Institución y recordarle siempre con agradecimiento, amor y reconocimiento a sus permanentes desvelos por la salud espiritual de sus pacientes”.

Y las Enfermeras..., ¿qué podían decir las Enfermeras aquel día? Sandra Patterson habló por todas:

“De todos son conocidos los desvelos del “Padrecito”, como le llamamos todos. Con lluvias y con sol, a la hora que se le llama, y el “Residente Mayor” del Hospital acude puntual. Cuenta él mismo que hasta duerme con la sotana puesta (!) para estos casos... Es tan grande la demanda por él, que se le proporcionó un Mobil Phone para ser localizado con mayor facilidad. Día tras día y sin descanso recorre las salas del Hospital, visitando a sus enfermos; una estampita, un rosario, un cariñito para los enfermos y el personal, es lo que menos ofrece. El cuidado del Monumento, las procesiones en distintas épocas del año, la preparación de la gran Fiesta de nuestro Patrono Santo Tomás de Villanueva, de la cual es alma y vida en medio de su labor permanente. Podríamos seguir mencionando todas las cualidades del Padre, pero no terminaríamos en toda la mañana”.

En el almuerzo fraternal de la Residencia Universitaria de la Calle 50 se hacía presente el Sr. Presidente de la República, Dr. Aristides Royo, con un obsequio para el Padre, al que estimaba mucho desde que fuera su monaguillo, y gozaba contando anécdotas de sus tiempos con el grupo juvenil del Padre Correa en Cristo Rey.

El propio día 14, ¡sábado Fiesta del Corazón de María precisamente!, se reunían todos los Claretianos de Panamá en el Santuario Nacional para la Misa solemne. Participaba también en ella su hermano el Padre Alberto, venido de Colombia. Las palabras finales del Padre Valtierra resultaron emocionantes.

El Ministerio de Salud no se contentó en su felicitación con palabras bellas, y, muy cortés, le regalaba al Padre un boleto para que fuera a España a ver a los seres queridos que aún le podían quedar.

En los ochenta y los noventa

Después de estas celebraciones jubilares al inicio de la década del ochenta, hubo el Padre de internarse en el Hospital más de una vez, no como Capellán sino como un simple enfermo.

Hemos visto cómo en dos ocasiones, en el lejano 1940 y después en 1951, el Padre Valtierra cayó gravemente enfermo y salió casi milagrosamente de la boca voraz del sepulcro. No fueron las únicas veces que enfermó. La crónica insinúa por lo menos otras seis en que hubo de ser internado: que si la operación de un ojo, que si otra cosa cualquiera... De una dice: “Poco tiempo de recuperación. Porque ya está de nuevo repartiendo Comuniones y visitando enfermos otra vez. Empeñado en vivir con las botas puestas”.

La misma crónica emplea éstas o parecidas calificaciones: “El heroico e insustituible Padre Valtierra”. “Su celo, su solicitud y su caridad para con los pacientes no tienen límites”. No cambiaba de método el “ayuda de cámara”...

Me vienen ganas de no creerlo, porque los Padres de Cristo Rey lo sabrían, pero hay Enfermera que lo cuenta con toda seriedad. Ya muy entrado en años el Padre, en casa le prohibieron darse aquellas vueltas nocturnas por el Hospital. Pero él consiguió hacerse con una llave del candado, la mandó duplicar, y ya tenía como escaparse antes del amanecer, “para darse su paseadita”. Acabada la ronda, volvía con toda normalidad a casa para la oración como si nada hubiese pasado...

¿Es esto cierto? ¿No es cierto?... No lo sé. Pero, suponiendo que es sólo una fantasía inventada por sus admiradores, el cuento expresa lo que el Padre Valtierra desarrolló durante toda su vida, sin rendirse nunca.

Así van a transcurrir los once años que faltan para 1991, cuando habrá de dejar el cargo que ha llenado su vida entera. Por el enfermo continuará jugándose la vida, como aquel día a las dos o tres de la tarde.

Avanzaba el 1989 y se organizó una protesta contra el gobierno despótico de Noriega. La Avenida Arosemena estaba cerrada ante el Oncológico, y los civilistas, vestidos de blanco y agitando pañuelos, eran reprimidos por los militares “doberman” que tiraban bombas lacrimógenas y disparaban perdigonadas. Los “pitufos” soltaban desde los camiones chorros de agua con sus mangueras, y la confusión era enorme.

“Los trabajadores del Hospital, refiere una Doctora, para poder presentarnos en el trabajo teníamos que mostrar una identificación o de lo contrario nos llevaban presos. En éstas vimos acercarse al Padre Valtierra que venía de Cristo Rey:

- Pero, Padre, ¿cómo se le ocurre venir así, en medio de esta confusión y con tanto peligro?...

- Me han llamado por un enfermo, y yo sé que no me ha de pasar nada...

Definitivamente, el Padre estaba con Dios y los ángeles le protegían.

Una vez hubo de dar testimonio en la Cena de Pan y Vino, tan esmeradamente organizada por el Arzobispo en Panamá. El año 1987 se celebró en el Gimnasio Auditorium del Colegio La Salle, presidida por Mons. Mc Grath, que le guardaba la sorpresa, para él y para todos, de la Condecoración Pro Ecclesia et Pontifice que le concedía la Santa Sede y que le impuso el mismo Arzobispo. El Padre confesaba:

“Jubiloso miro al Cielo, dando gracias a Dios, mi Padre celestial, por la dicha de haber estado tanto tiempo prestando mi atención pastoral a los enfermos. Mis Superiores en verdad, conocedoras de mi vocación de entrega a los enfermos, atinaron siempre con mi gusto y me destinaron siempre a la misma misión hospitalaria. Servir a los predilectos de Cristo, a los mimados de la Virgen, a las joyas de la Iglesia. Me encanta este ministerio sacerdotal, sobre todo al contemplar tantas almas heroicas, que se destacaron en esta noble misión... Mi vida de sacerdote misionero claretiano ha sido, es y será un canto del Magnificat y un fervoroso Te Deum al Señor por su asistencia divina en mi asistencia a los miembros pacientes de Cristo a través de tantos años. ¡Gloria a Dios! ¡Paz y bien!”.

¿Y qué ocurrió cuando se cumplió el plazo fatal de retirarse del Hospital, lugar de apostolado y amor tan entrañable?... Los Misioneros Claretianos dejaban la querida Iglesia y Parroquia de Cristo Rey, cargada de tantos recuerdos, para pasarla al Clero diocesano. Con ello, dejaban también la Capellanía del Hospital Santo Tomás.

La familia Tomasina dedicó al Padre Valtierra una despedida que fue memorable.

El salón, llenísimo de Médicos y Enfermeras, ellos a un lado, ellas al otro lado. Allí se hallaba el Arzobispo Mons. Mc Grath, que se mantuvo presente hasta el final. Lo más notable, el discurso principal que corrió a cargo de una Enfermera, la cual desarrolló todo un catálogo de acciones del Padre en el Hospital.

En un momento dado, una del grupo de las Enfermeras, interrumpiendo a la oradora, gritó: “¡Sí, porque nosotras lo vimos!”. Lo corearon todas, y, a cada nueva afirmación, seguía la respuesta entusiasta como la de un salmo responsorial: “¡Sí, porque nosotras lo vimos!”...

Aquello no tuvo nombre. El Arzobispo, a quien le habían llegado solicitudes abundantes para que continuara el Padre Valtierra como Capellán, respondía:

- Sí, me gusta que lo pidan. Eso quiere decir que el Padre Valtierra lo ha hecho siempre muy bien.

Y lo comenta, sin cansarse, el Padre Agustín:

- Un homenaje a la Iglesia único, a la **Iglesia**, digo, en uno de sus sacerdotes, tan humilde. Es que no hay más. Para hablar del Padre Valtierra no hay más que un verbo: “entregarse”, “entregado”. Se entregó totalmente. Lo que impresionaba en él era su entrega absoluta.

Había que dejar el Hospital, y el hecho era irremediable. El Padre Valtierra, con 86 años encima, se trasladaba a la Comunidad del Santuario Nacional. Ni una palabra de queja, ni una protesta inútil, aunque el corazón le sangraba. Aquel ¡adiós! del 5 de Mayo de 1991 resultaba doloroso por demás...

Ya en el Santuario Nacional, le esperaban, porque él se las tomó, muchas horas de confesorio y de dirección espiritual. Tenía el sentido de Dios. Sabía discernir. Como le ocurrió con aquella alma algo atribulada, que hoy lo cuenta con toda humildad: “Me tranquilizó cuando me dijo: “¡Adelante! Tú eres un alma escogida”. Y a otra, fiel cumplidora de sus deberes, le dio este consejo tan eficaz como lacónico: “¿Tú? Niña: la honradez, la puntualidad, la obediencia”.

Empeñado en “morir con las botas puestas”, frase que repetía tanto, se convirtió en “Capellán ambulante”, o “Capellán a domicilio”. Los ocho años que le faltan para consumar su carrera, y que pasará en el Santuario y después en la Residencia Claret, irá por muchas casas, llevado por personas amigas, administrando la Comunión o la Unción de los Enfermos.

Lo visitará un día el Obispo Mons. Lacunza, que dirá:

“¡El Padre Valtierra de siempre! El “precursor” de tantos, preparándoles el camino, abriendo las puertas del Reino a los enfermos del Hospital, y repartiendo el Pan de Vida a domicilio. ¡Inmensa gracia de Dios!”.

Son de estos últimos años algunos hechos y dichos que tanto le caracterizan.

Como una distracción de las suyas. Toma el taxi en el Hospital para que lo lleve al Santuario Nacional, y al bajar, como si hubiera recibido un favor, le dice al conductor: “¡Gracias, que Dios se lo pague”. El buen taxista contaba con el dólar consabido, pero se conformó con esa otra “paga” que nada le traía... ¿Nada? Apenas el Padre había dado media vuelta, se presenta corriendo un cliente:

- ¿Me podría llevar hasta Chiriquí?.

- ¡Sí, claro que puedo!...

Seiscientos kilómetros de Panamá a David o a la Frontera, resultaban más rentables que ochocientos metros hasta Punta Paitilla. Al taxista generoso le cayó aquella tarde el gordo de la lotería... Al volver, iría al Padre Valtierra para darle las gracias y contarle con qué moneda pagaba el Señor.

Por asociación de ideas, y por tratarse del Patrón del Hospital, traigo para satisfacción del lector la conocida anécdota de Santo Tomás de Villanueva. Se le presenta en Valencia al Arzobispo un campesino con la cesta de frutas. “¡Gracias! ¡Y que Dios te lo pague!”... Mala cara del calculador donante, que esperaba una buena cantidad del Santo, el cual, al darse cuenta de la decepción del labriego, coloca toda la fruta en un plato de la balanza y en el otro un papelito con estas palabras: “¡Dios te lo peque!”. El plato de la fruta se disparó hacia arriba como una flecha sin peso alguno casi, mientras que el del papelito pesaba tanto que por poco se hunde en el suelo... Cosas de santos, de Santo Tomás de Villanueva y del olvidadizo Padre Valtierra.

En la Residencia Claret, rodeado de hermanos enfermos o ancianos, había dispuesto su habitación con el gusto artístico que siempre le distinguió. El nacimiento o belén no era privativo de los días navideños, sino algo que contemplaban siempre sus ojillos inquietos.

Sobre la mesa, cinco banderitas: la del Vaticano, la de Panamá, la de España y las de Francia y Colombia donde vivieron y murieron sus otros dos hermanos Misioneros, Gilberto y Alberto. Le llamaron la atención a la periodista:

- ¡Qué banderitas! Es usted muy sensible.

- ¿Sabe? Este sentimiento delicado lo desarrolla el trato con los enfermos.

Y al pronunciar la palabra “enfermos”, elevó los ojos al cielo con esta plegaria que le salió espontánea:

“Señor Jesús, a ti que eres el Médico de las almas y de los cuerpos, te pido que des alivio a mis enfermos y des la paz a los agonizantes, visitándolos con tu bondad”.

Recordó las palabras de San Martín de Tours, que hizo suyas, junto con su expresión favorita:

“Si todavía soy necesario, no rehúso el trabajo”. “Quiero morir con las botas puestas, trabajando con los enfermos”.

Hablan lo mismo las Enfermeras sobre esos sus sentimientos delicados. Hospitalizado el Padre, durante la convalecencia disfrutaba contando los recuerdos de su niñez en aquel rincón campesino de Castilla, o mostrando con fotografías la esbeltez gótica de la Catedral de Burgos. Su austero desprendimiento religioso nunca mermó la finura exquisita de su espíritu.

Hemos de entender ese su dicho tantas veces repetido por el Padre: “¡Con las botas puestas!”. Aunque tan limitado ya físicamente cuando le rondaban los noventa, trabajaba modestamente lo que podía. La bondadosa amiga que le llevaba a dar la Comunión a domicilio, le pregunta preocupada después de ir a cuatro o cinco casas:

- Padre, ¿está cansado?

- ¿Yo, cansado? ¿Yo? ¡No, no, qué ocurrencia! Si hasta ahora no he comenzado. ¿Quiere que hagamos algo más?

Y ese “algo más” lo sabía hacer bien. Porque animaba a los enfermos que era un gusto. Le dijo uno:

- ¡Ay, Padre! Yo creo que no paso del día de hoy. Yo me estoy muriendo.

- ¿Muriendo? Si tiene una cara mejor que la mía. Si está más sanote que yo, ¿cómo se va a morir?

El “moribundo” mejoró rápidamente con solo la medicina de estas palabras...

Este buen humor no lo perdió nunca. Trabó mucha familiaridad con Rubén Núñez, el hermano de su gran amigo el Dr. José María. Como los dos tenían afición a la poesía, se intercambiaban los versos que iban componiendo.

- Mire, Padre, hoy le traigo una poesía muy bonita.

Se la hacía recitar a su hija Manuelita, y seguían las risas divertidas de los tres...

Aunque rieron mejor otro día. El amigo le quiso hacer un buen regalo, y le llevó muy ufano su propio bastón. Lo examina el Padre, y comenta:

- Oye, Rubén. Tú eres muy alto y yo muy pequeño. ¿Qué hago con un bastón que es más grande que yo?...

Sigue contando Manuelita:

- Esta escena tenía un significado muy profundo. Mi padre le regalaba al Padre, como un testamento casi, el bastón que era su pertenencia más querida. Fue su último gesto de amistad. Y el Padre tuvo no mucho después su respuesta. Un día me dice María, la señora que trabajaba conmigo:

- Ha telefoneado el Padre Valtierra y me encarga le diga que ya ha regalado la cama...

Me quedé pensando qué cama sería, y, al hablar con él, me dijo: "¡Es mi cama, ya la regalé! Ahora estoy tranquilo". Lo que mi padre hizo con el bastón, me lo decía el Padre Val-

tierra con estas palabras de Santo Tomás de Villanueva: que estaba desprendido de todo y preparado para cuando el Señor dispusiera.

Cerremos la relación de los últimos días del Padre Valtierra y tratemos ahora de penetrar un poco en su alma tan bella.

¿QUÉ DECIR DE SU CARÁCTER?

Conocemos bien a estas horas al Padre Valtierra inquieto, alegre, caminador empedernido de cama en cama por todas las salas del Hospital, derrochando amor con todas las personas, y escondiendo su sacrificio bajo un semblante siempre feliz.

Al contemplar al santo Padre Valtierra, nos gustaría comenzar por conocer ante todo al **hombre**, es decir, al sujeto de las virtudes *humanas* más características. Y sin analizar mucho sobre su vida discuriendo teóricamente, es quizá mejor presentar esas semblanzas que trazan tan espontáneamente los testigos a quienes se pregunta y que vivieron en contacto continuo con él.

Empecemos por el retrato que nos presenta Mons. Carlos María Ariz, Obispo emérito de Colón y por tantos años compañero del Padre en la Comunidad de Cristo Rey, que lo describe con pinceladas certeras:

“Humilde, sencillo, sumamente ingenuo y con una gran apertura a la caridad, el Padre Valtierra tenía conciencia de estar ejerciendo una verdadera *misión*.

“Era todo para todos y sin distinción alguna con nadie. A todos los amaba por igual, aunque tuviera Médicos y Enfermeras especialmente queridos. Se demostraba esto, por ejemplo, en que nunca aceptaba una cena fuera de casa.

“Dentro de la Comunidad, nos quería a todos y con todos “empataba” a la primera. A mí, tan joven al principio, me consultaba con sencillez y se mostraba después sumamente agradecido. Lo mismo hacía con los demás, a los que contaba siempre con espontaneidad sus asuntos. Era el hermano que amaba a todos.

“Notable, lo que era con sus “ángeles blancos”. ¡Cuidado con tocarle una Enfermera! Las defendía a todas, a pesar de los disgustos inevitables que alguna le pudiera ocasionar. Y con ellas desarrolló un trato ejemplar. Enamorado de *todas* sus Enfermeras, no “focalizó” nunca, es decir, nunca se fijó en alguna o algunas determinadas con preferencias odiosas. A todas las quería por igual.

“El Hospital era el todo en su vida, y, naturalmente, cuando observaba alguna irregularidad, sufría, se desahogaba en casa, pero nunca guardaba ningún resentimiento para los causantes del mal”.

Muy bien todo esto que nos dice Monseñor Ariz. Pero hay algo más que recalca con verdadera energía, y que debemos tener muy presente para no formarnos una idea falsa del carácter de nuestro Padre.

“Nada de figurarse al Padre Valtierra como un carácter aniñado o poco menos. Era muy enérgico. Aquella bondad inalterable que mostraba con su acudir al Hospital a cada momento en que se le llamase, era fruto de un vencimiento propio constante. Se le llamaba por su portáfono famoso, y, con mucha frecuencia, la primera reacción era un pesado “¡Otra vez!”, cuando no un golpe en la puerta al marchar. Pero, al cabo de un instante, aparecía la tradicional cara sonriente que ocultaba el heroísmo de su virtud. Al regresar a casa, muchas veces agotado, igual: disimulaba su cansancio con el buen humor e inocencia de siempre”.

Después de la semblanza tan valiosa y ponderada de Mons. Ariz, preguntamos a uno de los Médicos que más le trataron, el Dr. Manuel Pereira, el cual responde con calor, atropellando las palabras e hilvanando a su manera las expresiones, que guardo aquí entre comillas:

- El tan querido Padre Valtierra era “compañero de trabajo” y “guía espiritual”, el “disponible en todo momento”, del que no tenemos “ni un solo recuerdo negativo”. “No olvidaremos nunca su estampa. Con su bata blanca de Residente sobre pantalón negro y sus zapatillas gastadas para caminar con aquellos sus pasitos, pequeños y ligeros por los pies tan maltratados, se ganaba la admiración de todos”. “Porque esto era el R4, que llegaba a las 2 de la noche aunque fuera con un enorme aguacero. Llamado, allí estaba antes de los 10 ó 20 minutos”. “Y todo esto, realizado sin interés alguno, porque no pensó nunca en dinero. Creo que no sabía que existiese el dinero, pues, si algo se le daba, lo repartía inmediatamente a los pobres”. “Además, en su trato manifestaba un temperamento con un sentido de humor indecible”. “Siempre con una sonrisa y felicidad tan típicas suyas, y con una fortaleza y vitalidad increíbles”.

Recalcan todos a la una cómo vivía cuanto se desarrollaba en el Hospital: los acontecimientos sociales, las reuniones, los congresos... En todos esos actos ponía toda el alma, y no faltaba nunca la Invocación impartida por el fervoroso Capellán.

Igual que gozaba usando aquella radio, viejita ya, pero que le servía para escuchar feliz música religiosa o seguir los cantos populares.

“El Padre Valtierra amaba la vida en toda su expresión: un amanecer, las flores, las personas; siempre caminando de buen humor; nunca le oí quejarse de su dolor corporal; siempre al servicio de los enfermos las 24 horas del día, sobre todo para administrar los Sacramentos”.

Era muy marcada su generosidad y desprendimiento.

Una de sus ayudantes más inmediatas lo describe así:

- Buscando una palabra que compendie todo, yo escogería ésta: “Compartir”. El que daba su vida por los enfermos, compartía todas sus cosas con los que le rodeaban. Se le hacían bastantes regalos en su cumpleaños, por ejemplo. ¿Cuánto duraban en sus manos? Nada. Los daba tal como los recibía. Y me pasó a mí misma. Pude realizar mi sueño de ir a conocer el país de Jesús. Como recuerdo, le traje de Jerusalén al Padre un bello crucifijo que me agradeció mucho. Al cabo de algunos días le pregunto dónde lo tenía, y me dice con ingenuidad:

- ¿Tu crucifijo?... ¡Ah, sí; se lo regalé no me acuerdo a quién!

Todos los que hablan así nos van delineando fina y acertadamente lo que era el carácter del Padre Valtierra.

“Sería una equivocación soberana el imaginarlo como el “tontico” que él decía o el amasado con mantequilla”..., asegura el Padre Agustín. Su piedad, su humildad, su trato tan cariñoso, sus formas infantiles eran una capa dorada que podían engañar a los que no le conocían.

Demostró ese carácter fuerte, por ejemplo, cuando lo de Noriega. Se clavó en Emergencias del Hospital atendiendo a todos los pacientes que llegaban heridos, muchos heridos.

Hasta que un policía armado se le enfrenta imperioso:

- ¡Usted, fuera de aquí!

Y el Padre, con energía desusada:

- ¿Yo? Si esta es mi casa, ¿adónde quiere usted que vaya? *¡Esta es mi casa*, y yo no me marchó de ella! El que tiene que irse de aquí es usted, ¿me entiende?...

Tan enérgico con los altaneros, era la estampa vuelta al revés con los sencillos y humildes. Sabía valorar a las personas. Un ejemplo por muchos. Valentina era una mujer encantadora por su sencillez y piedad honda, una de esas almas amigas de Dios al que saben tratar muy de tú a tú. Rosa Elvira le llevaba de cuando en cuando al Padre Valtierra, con el que se explayaba a placer. Y un día la hija oyó furtivamente la conversación entre aquellas dos almas tan semejantes:

- Pero, ¿de veras, Valentina, que has visto al Niño Jesús, porque la Virgen te lo ha traído?

- Sí, Padre; créamelo, que lo he visto.

- Dime, dime cómo era. Sobre todo, dime cómo eran sus piececitos...

Y Valentina lo describía con detalles preciosos.

El Padre, ni creía ni no creía. Sabía que con almas semejantes no hay que acortar el brazo de Dios, el cual se complace, como dice Jesús, en revelar sus secretos a los pequeños y humildes.

Quien fue por muchos años compañero de Comunidad en Cristo Rey y Superior suyo, lo dice taxativo:

- Todas esas formas ocultaban un temperamento fuerte y un carácter indomable. Era el tipo castellano auténtico: recio, austero, perseverante. Como lo demostraba, por ejemplo, en su fidelidad a los actos de oración comunitarios. Se había pasado a lo mejor la noche en el Hospital por aquellas llamadas a toda hora, pero en el momento de la oración matutina, allí estaba clavado el primero de todos.

Así se lo cantó con versos acertados el poeta de sus fiestas: “Eres burgalés, - fuerza de ciprés”. Mirándose a sí mismo, era fiel al consejo que solía dar siempre a los demás: “Al mal tiempo, buena cara. Ría por fuera, aunque lllore por dentro. Y los problemas, a la espalda”.

Como vemos, su Superior, el Padre Agustín y Mons. Ariz, coinciden los tres en eso del carácter fuerte, pero domado por una voluntad de hierro, de manera que el *hombre* austero se conjugó admirablemente con el *santo* cariñoso que admiraba y se conquistaba a todos.

Y respecto de la vida de Comunidad era para los demás Padres y Hermanos un compañero ideal. Gozaba con ellos. Participaba con fruición en los días de asueto, a los que iba después de su clásica ronda matutina por el Hospital y dejando siempre un sustituto ante casos graves y de emergencia... Para que el descanso le resultara completo, y conociendo sus amorosas *debilidades*, al pasar por La Chorrera le compraban un churrasco de pan español que le gustaba mucho, le añadían una cervecita, y ya tenía su menú casi completo... En la playa se colocaba el salvavidas (¿para qué?), se sentaba en la arena justo hasta donde llegaba la primera ola, ¡y qué día más feliz!...

Aunque al volver del paseo se encontraba la inevitable lista que le había dejado Isabel, la conocida Secretaria de la Parroquia: enfermos que le llamaban del Hospital. Sin perder un minuto, ¡a su puesto de honor!, aunque la cena se retrasase hasta la hora que fuera.

El apego a sus hermanos le nacía del amor profundo que tenía a su vocación de sacerdotal, religiosa y misionera. Estaba orgulloso de su Fundador San Antonio María Claret y vivía con pasión su filiación cordimariana. Quien le trató mucho, nos dice: “Amó siempre a su Congregación, feliz de haber sido llamado a realizarse viviendo el carisma claretiano”.

A sus hermanos los quería de verdad. Con ellos gastaba, dice un compañero de aquellos tiempos, “un trato exquisito: nunca le oí quejarse de nada ni murmurar de nadie. Comía frugalmente, y durante las comidas hablaba, reía, se mostraba festivo. Era por eso admirado y encomiado por todos”.

Ese amor a sus hermanos de Comunidad lo manifestaba continuamente sirviéndolos con detalles encantadores. Por ejemplo, llegaba del Hospital tarde a cenar; comía ligero y de pie, a veces mientras en el fregadero limpiaba y ordenaba la vajilla, de modo que al venir al día siguiente las dos buenas empleadas lo encontraban todo limpio que era un primor.

Al llegar a los 90 años, lo describían sus hermanos: “Las ilusiones de juventud le quedan intactas, a pesar de los reumas que no le dejan caminar, los dientes postizos que no le permiten comer lo que él desearía y alguna que otra cosa menuda más”...

UN HOMBRE TODO DE DIOS

- Oiga, Doctor, ¿qué recuerdo tiene Usted del Padre Valtierra?
- Que era un “sanjuanbosco”.
- ¿Cómo?...
- La idea que yo tenía de un “santo” en aquel tiempo era ésta: “sanjuanbosco”. Y cuando conocí al Padre, me dije: es “un sanjuanbosco”. Ahora sé decir que era “un santo”.

Gracias por la simpática respuesta, que nos adentra en lo más íntimo y valioso de nuestro Padre Valtierra: un santo, un hombre todo de Dios, al que ojalá viéramos un día en los altares, como otro San Juan Bosco, el Santo tan popular en Panamá...

Acabamos de ver al *hombre*. Pero, ¿ya nos hemos preguntado a ver de dónde sacaba esas fuerzas, esa generosidad, ese deshacerse por los demás?...

Todo radicaba en una piedad honda para con Dios, en un amor ardiente a Jesucristo, en una devoción tierna a la Virgen María, en la ilusión de ser como sus Santos más queridos, en una vida de oración intensa, en una humildad que le atraía a puñados la gracia de Dios..., todo lo cual le llevaba a darse a los enfermos con entrega incondicional.

Así lo expresó él mismo en una nota tan programática como sencilla:

“Mi ideal, reflejado en mi labor hospitalaria: cultivar la intimidad con Cristo y María, con el acto de amor: ¡Jesús, María, os amo! Salvad almas”.

Las almas, para él, eran los **ENFERMOS**, pues tenía clara su vocación, su carisma personal, su misión:

“Los enfermos son mi peso y mi dolor”.

El “Ay de mí si no evangelizo” de San Pablo, se lo aplicaba a sí mismo con esta severa reflexión:

“Preocuparme de las cosas del Padre, como Cristo. ¿Cuál es mi preocupación? ¡Tremendo interrogante!”...

Pero lo vivía a su vez con plena tranquilidad:

“La vocación bien vivida conlleva la felicidad”.

De aquí aquella alegría inalterable, conforme a su propósito:

“Alegría, humildad y bondad a toda prueba, no disgustándome con nadie”.

Para el Padre Valtierra, en la vivencia de su vocación sacerdotal, eran lo mismo la voluntad del Padre, la unión con Cristo y el servicio a los enfermos. Así lo expresó ante numerosa y selectísima concurrencia en el Santuario Nacional del Corazón de María al celebrar los 61 años de Ordenación Sacerdotal:

“¡Tocando siempre con viva fe a Jesús en el altar y tocándolo con la misma fe en los enfermos de los hospitales con mi humilde servicio, viendo en ellos a Cristo enfermo!”.

Ya cargado de años, y previendo una retirada definitiva del servicio activo, su felicitación de Año Nuevo en 1986 consistió en un billete hecho por él mismo y que repartió profusamente fotocopiado:

“Todos hermanos en Cristo. El Capellán del Hospital está siempre dispuesto a confesar y administrar la santa Comunión a todo enfermo que lo solicite bien por sí mismo, por la enfermera o por algún familiar, especialmente en las grandes solemnidades del Señor, de la

Santísima Virgen o de los Santos, lo mismo que en los Primeros Viernes o Sábados del mes. Les doy mi gozo. Quiero que participen en mi alegría y sean plenamente felices”.

En otras palabras: la entrega plena a los enfermos entraba a formar parte esencial de su espiritualidad religiosa, sacerdotal y misionera.

Esto lo vivió con un amor entrañable a **JESUCRISTO**, como lo demuestra un párrafo desaliñado de sus pocos escritos

“Cristo vive en mí. Seguir e imitar a Cristo en su persona. Compartir la vida de Cristo. Seré un apasionado por Cristo. Estaré con Cristo como los apóstoles. Comunión de vida con Cristo en todo momento. Contemplativo de Cristo. Configuración con Cristo en sus sentimientos. Todas las virtudes en referencia a Cristo.

“Discípulo que cree en Jesús entra en su vida, con adhesión a la persona de Cristo y a la verdad que revela. Vivir con Cristo en comunión de vida”.

¡Cualquiera diría que el bendito Padre Valtierra no ha dicho nada en tan pocas palabras!

Y a Jesucristo, como Pablo, lo miraba sobre todo **CRUCIFICADO**, como lo vemos en otro párrafo del mismo estilo:

“La cruz en el misionero. Configuraros con Cristo, que murió en la cruz... La cruz que proviene del apostolado: misioneros libres para evangelizar. Los que son de Cristo van crucificando su carne. La cruz, la mortificación, la liberación del espíritu”...

Es la consecuencia que sacó de aquella meditación en los Ejercicios Espirituales de 1986:

“Me conmovió mucho la oración-contemplación “Jesús Crucificado, Maestro mío”, que la pasé llorando amargamente. La oración fue dirigida al Santo Cristo tan imponente que preside la capilla. ¡Maestro mío, cómo me enseñas el valor del sufrimiento muriendo por mí en la cruz!”.

Hace alusión después al ejemplo que contó el Director sobre San Pablo de la Cruz, joven muchacho, al que le cayó encima una banca pesada mientras rezaba en la iglesia y le destrozó los pies: “¿Esto? Si son rosas en comparación de lo que mi Señor Jesucristo sufrió por mí en su pasión y en su cruz”.

Aunque ya lo sabemos por sus famosos belenes, hay que recordar de modo especial su amor entrañable al **NIÑO JESUS**. Se embelesaba ante la imagen del Infante de Belén, ostensible en su habitación de manera perenne, porque, nos dice un Padre de Cristo Rey, “tenía una cunita con el Niño acostado, siempre a la vista, al que miraba, besaba, y cuando ibas a su habitación te hacía alguna referencia al Niño: ¡Qué lindo, qué bello, es un encanto!”...

¿Y cuántos belenes construía en Navidad? El inolvidable Hermano Quibus le guardaba las cajas con tanta imagen, y las sacaba cuando llegaba el tiempo para levantar por lo menos seis u ocho nacimientos en los Hospitales, Iglesia y otras estancias de Cristo Rey. Le nacía muy de dentro porque vivía como nadie la “infancia espiritual” de la Doctora Santa Teresa de Lisieux.

Especial amor tuvo siempre el Padre a **JESÚS SACRAMENTADO**. A lo largo de tantos años en servicio activo a los enfermos, las visitas al Señor las había de alternar entre su

devoción personal y sus obligaciones ministeriales. Pero cuando ya se vio metido en la Residencia Claret, se pudo explayar a gusto su devoción. Manuelita Núñez, que lo visitó muchas veces con su papá, nos cuenta:

“Lo veía sentado en una silla recostada en la pared al lado del sagrario, y me decía: ‘*Yo quisiera pasarme el día pegado al Santísimo*’. Su Misa, además, era algo diferente..., la celebraba con un amor tan grande... Igualmente, cómo daba la Comunión, la delicadeza y el amor con que la repartía, con aquellas manos algo gruesotas y sólidas, que no eran finas, pero tan delicadas”...

Y es que vivía muy conscientemente su **SACERDOCIO**. En sus Bodas de Oro Sacerdotales hizo imprimir una sencilla estampa como recordatorio con la oración que él rezaba cada día y quiso la rezaran siempre sus amigos:

“Oh Jesús, Sacerdote eterno, guarda a tus sacerdotes bajo la protección de tu Sagrado Corazón, en donde nada pueda mancharlos. Guarda inmaculadas sus manos que tocan cada día tu Sagrado Cuerpo. Guarda inmaculados sus labios teñidos diariamente con tu preciosa Sangre. Guarda puros e inmaculados sus corazones que Tú has sellado con tu Sangre divina. Que tu amor los preserve del contagio del mundo, y haz que las almas confiadas a su dirección sean su gloria en la tierra y su corona en el Cielo”.

Nada digamos de su devoción a la **VIRGEN MARÍA**. Se cae de su propio peso el decir que era tiernísima, llena de afecto filial, de ternura infantil, aunque fuera tan vigorosa. Pero, como toda su piedad, él manifestaba este amor con obras muy sencillas en las que ponía toda el alma. ¡Hay que ver cómo realizó, en los años 1944 y 1954, la Consagración de los Hospitales de Panamá y de Costa Rica al Corazón de María! Qué procesiones, qué carrozas, qué entusiasmo... En la de Panamá logró traer a la explanada del Hospital la Banda de Música Militar Norteamericana. Hasta el final de su vida, y ya retirado el ancianito Padre en la Residencia Claret, todos los 22 de Agosto venían a buscarlo y lo llevaban al Hospital Santo Tomas para celebrar la Misa en la que renovaba la Consagración aquella de 1944 al Corazón de María.

Con la Gruta de Lourdes en Cristo Rey fue algo muy especial. El 11 de Febrero constituía *un fiestón*. Personas que decían haber recibido gracias y favores muy grandes con el agua de la fuente que el Padre había traído de Lourdes, cuando fue allí en el Año Santo...

Año tras año, la crónica de Cristo Rey pondera la procesión, “con inmenso gentío”... Otro año, “se prepararon 150 farolitos para iluminar a la Virgen durante el trayecto de la procesión”... “Este año, al decir de todos, la Procesión final de la Novena de Lourdes revisió un esplendor extraordinario. Incontables grupos se reunieron alrededor del Monumento de Santo Tomas de Villanueva en espera de la hermosa imagen de Lourdes, que cual Reina celestial iba bendiciendo a todos sus hijos prodigándoles dulce sonrisa”...

Relata el mismo Padre Valtierra lo que se hacía en el Monumento. “La fiesta de Lourdes se inicia con una Novena preparatoria. Se levanta dentro de la Capilla una Gruta artificial para dar mayor colorido a la Aparición de la Virgen, Salud de los enfermos. La procesión con antorchas la noche del día 11 reviste un carácter apoteósico. Cada año viene mayor número de amantes de la Virgen, y todos vamos cantando con entusiasmo el santo Rosario, rogando especialmente por los enfermos hospitalizados”.

En 1958, Centenario de Lourdes, el Padre consiguió la ayuda necesaria para dejar iluminada siempre la Gruta de Cristo Rey, en la que destacaban, con luces de neón, las palabras de la Virgen a Bernardita: “Yo soy la Inmaculada Concepción”.

El Padre Valtierra se dio por satisfecho al saber que había cumplido con el lema dejado a los Misioneros por San Antonio María Claret: “Sus hijos la han aclamado bienaventurada”. Si la Virgen estaba contenta, ¿qué más quería él?...

Unas palabras y testimonios sobre el Rosario, del que me atestiguan: “Rezaba mucho el Rosario.... Iba por la calle siempre rezando, caminando y rezando... con el rosario en la mano”.

Y se convertía en apóstol del Rosario, cuyas letrillas repetía con calor y las enseñaba a todos: “Siempre con creciente anhelo, - buscan mis manos sedientas - en tu Rosario consuelo. - Haz que me sirvan sus cuentas - de escalones para el Cielo”.

En el mes de Mayo, todos los días, un día en una sala y otro día en otra del Hospital, con fervorosa plática del Padre Valtierra, se rezaba el Rosario por los enfermos.

Y en Octubre, como nos lo muestran todavía las fotos de aquel tiempo, se celebraba ante el Monumento un Rosario esplendoroso con antorchas de cinco colores, formado por todas las Estudiantes de Enfermería, significando los continentes de la Tierra, “para rodear el mundo con el Rosario, a fin de que la Virgen lo salve e impere por su intercesión en él la paz de Cristo”.

Por todos los testimonios de las Enfermeras sobre el Rosario, valga solamente uno.

- ¡Ay, Padre, deme un rosario, que yo no tengo!, le dije cuando aún era muy joven.

- Te lo regalo, con un compromiso tuyo: tienes que rezarlo todos los días.

“Y acepté el reto. Antes no lo rezaba más que alguna vez. Desde entonces, cada día cumplo con el compromiso que adquirí con la Virgen María, y he salido una experta... Hoy es una eterna lucha con mi hija. Lo llevaba yo colgado en el carro y ella me lo quitó. Se lo quito yo, y ella me lo vuelve a esconder, hasta que se lo quito de nuevo. Porque ese rosario que me dio el Padre Valtierra es para mí una reliquia histórica”....

Entre sus escritos inéditos, hay uno precioso que comenta los misterios del Rosario, porque lo quería enseñar a rezar a todos.

A los enfermos les ofrecía con gran fe el Escapulario del Carmen, porque, nos dice él, “teníamos el cuidado especial de imponer tan santa librea a todos los moribundos y a los enfermos que lo solicitan”.

Nuestro Padre Valtierra, lleno de un amor tan grande a la Virgen, enseñaba y comunicaba a todos la devoción más acendrada a la Madre del Cielo.

¿Y cómo era la **ORACION** habitual del Padre Valtierra? Dejemos que nos hable él mismo, con frases sueltas, incoherentes al parecer, pero que nos revelan un alma endiosada de verdad:

“Yo le miro y Él me mira. Esto es oración”.

“La oración es un don gratuito”.

“La oración es dialogada, interpersonal”.

“Escuchar es orar. Orar en silencio es escuchar a Dios”.

“El centro de la oración es Dios. Es acogida de Dios”.

“Me abandono en sus manos de Padre. Hacer la voluntad de Dios, nada de impaciencia”,

“Entra la vida entera en la oración”.

“Oración apostólica. Como S. Pablo, se preocupa de todas las Iglesias al entrar a orar: oración apostólica”.

“Oración filial del Espíritu: salir hacia Dios, sin dar vueltas sobre sí mismo”.

El Padre Valtierra rezaba muchas oraciones vocales, muchos rosarios... Pero estas frases nos dicen a las claras que era lo que se llama, “un hombre de oración”, de oración contemplativa. Se conservan, además, anécdotas muy significativas. Como la que nos cuenta una de las Enfermeras:

- Yo recuerdo al Padre clavado en el ventanal que da al Pacífico por la Avenida Balboa. Se quedaba raaaaatos... mirando al infinito, y él decía que era como una misa que hubiera celebrado aquel día.

Y otra Enfermera cuenta:

- Si veía una flor natural se paraba, la contemplaba. ¡No la arrancaba! Y decía: “Cada florecita es una obra de Dios que hay que contemplar”.

Como a maestro de oración, tenía especial devoción a San José, al que le rezaba siempre la letra de la conocida canción:

“Salve, José glorioso, - padre del mismo Dios, - desde tu excelso trono, - benigno míranos. - Escúchanos piadoso, - danos tu bendición, - danos reinar dichoso - en la inmortal Sión”.

Tantos tesoros de gracia los guardaba el Padre Valtierra escondidos bajo la capa de una **HUMILDAD** excepcional y de una peculiaridad notable por demás: la naturalidad. ¡Qué bien se estaba a su lado! No se daba importancia por nada. En los grandes homenajes que se le tributaron se hallaba presente como si la cosa fuera para otro, aunque confesaba con lealtad: “Estoy confundido con tanta condecoración”.

Por más que todos los testimonios son unánimes, traigo sólo el de una señora que le hubo de tratar mucho por ayudarle tantas veces a llevar la Comunión a los enfermos:

- Lo que más recuerdo: ¡qué hombre tan humilde! ¡qué humildad la suya!... Yo lo llevaba a dar la Comunión, y como era tan humilde, yo notaba que el enfermo gozaba en su presencia.

Y quien lo cuidó como nadie en sus últimos años afirma con desenfado:

- Era el hombre más humilde y más bueno que había en el mundo. Ya está dicho todo.

Necesario es recalcar también su espíritu de **SACRIFICIO**. Aunque le era tan connatural, que no aparecía por ninguna parte el heroísmo de la virtud. Por ejemplo, ¿a quién se le podía ocurrir dormir en el calor de Panamá con la sotana puesta, sólo para no perder un segundo en vestirse si sonaba el famoso beeper o movilphone?... Pues, eso que no se le ocurre a nadie, lo hacía el Padre Valtierra...

¿Y los callos y los juanetes de los pies, visibles a veces? Las Enfermeras lo sabían, y nos dice una de ellas que los contempló pasmada:

- Le vimos los pies, llenos de callos y juanetes. Horrible. No sabemos cómo caminaba, y él no tenía descanso.

Nunca se le oyó una queja, aunque su caminar a saltitos lo decía todo. La prisa era el latir del corazón inquieto, lleno de celo, al que ponían un freno los juanetes de los que se reía él mismo... ¡Cuánto sacrificio hubo de ofrecer a Dios!

El agudo poeta Padre Aramendía, lo cantó también con tino: “Has roto sandalias - y zapatos mil, - callos te han nacido - y tú... ¡a sonreír! - Al Ángel que apunta - tus pasos sin fin - lo tienes cansado - de tanto escribir”.

El arte de unir aquella energía de su carácter, su entrega y su espíritu de sacrificio con tanta suavidad durante toda la vida, se debió a los quilates del **AMOR** que atesoraba en su corazón. Aquí sí que las alabanzas se amontonan en todos los que hablan de él.

“Era un amor de persona”. “Era el mismo amor de Dios derramado en el corazón de este sacerdote”... “Era un amor increíble”... “Yo creo que su gran don fue el amor, fue la caridad. Él hacía todo con un amor indecible. Con todos”.

Amor valiente y derrochado con la mayor naturalidad. Como en el caso que cuentan varias Enfermeras, y que fue comentadísimo. Un enfermo se negaba a comer. Tenía un guineo en la mano, y no había manera de que se lo pasara. Pero va el Padre Valtierra, se lo toma de la mano, y empieza con un mordisco:

- ¡Mira, qué rico que está!

Las Enfermeras:

- ¡Padre, no haga eso!

El paciente se lo comió. Y comentaba el Padre con gracia:

- ¿No se dan cuenta de que había que empezar para que él comiera?

- Sí, ya está bien que les dé cariñosamente la mano al saludarlos, le replicaron ellas. Pero eso de comer el guineo manoseado por el enfermo..., ¡no lo haga más!

Era el heroísmo del amor escondido bajo una sonrisa inalterable.

Semblanza ésta un tanto pálida ante lo que habríamos de decir del Padre Valtierra. Pero, limitada y todo, contamos con base suficiente para asegurar de él que era en verdad un hombre todo de Dios...

¡SIERVO BUENO Y FIEL!...

Derechito al Cielo

Entre inocencia, trabajo y oración se iba extinguiendo la vida del Padre Valtierra, hasta que el 16 de Enero de 1999 hubo de internarse en la Clínica Paitilla con síntomas de bronconeumonía, fiebre alta y dificultad para respirar.

En esta última enfermedad le visitó Rosa Elvira con otra colega. Conteniendo su emoción, la fiel Enfermera impartió al paciente la bendición que antes se habían dado los dos mutuamente muchas veces, la de San Francisco de Asís, que al Padre no se le caía de los labios y la repetía tantas veces a enfermos y amigos:

“El Señor te bendiga y te guarde, te muestre tu rostro y tenga misericordia de ti; te mire benignamente y te conceda la paz. El Señor te bendiga”.

Y le trazó la señal de la cruz en la frente. Al recibirla, el Padre, que parecía inconsciente con tan molestas venoclisis y tubos, respondió con un vigoroso “Amén” a la sentida plegaria.

Pasaban los días con alternativas diversas, pero el 8 de Febrero se agravaba el enfermo y entró en cuidados intensivos. Junto con el Médico, lo rodeaban tres sacerdotes: Julio Santamaría, Capellán de Santo Tomás, y los Padres de la Comunidad Vicente Gil y José Sentre; dos enfermeras y una gran amiga de siempre. Terminada la Recomendación del alma y recibida por el agonizante la Bendición Apostólica, los monitores dejaron de funcionar. El Padre Valtierra había muerto, a los noventa y tres años, tres meses y trece días. Eran las 5'20 de la tarde del 9 de Febrero de 1999.

El Dr. Manuel Pereira, sin hacer caso a la obligada y digna frialdad del Médico, se retiraba henchido de emoción con lágrimas en los ojos, como último tributo, en nombre de todos sus colegas, al venerado y querido Capellán de los Hospitales. Y el mismo Doctor nos dice hoy, recordando aquellos momentos:

- Todos los Doctores que estaban trabajando en la Clínica cuando murió, dijeron por unanimidad al comunicarles la noticia: “Ha muerto un santo”.

Sus hermanos de Comunidad cerraron la crónica de aquel día con estas palabras:

“Héroe de asistencia a los enfermos, condecorado por la República de Panamá y por la Santa Sede, edificó a todos con su dedicación y abnegación al servicio de sus enfermos queridos”.

Ya en el Santuario Nacional del Corazón de María, hubo muchos Doctores y muchas Enfermeras haciendo guardia ante los restos venerandos. Se turnaban de cuatro en cuatro con cierta regularidad, con pocos minutos cada grupo, por ser muchos y muchas los que esperaban su turno.

Eran los de “La Familia Tomasina”, que dedicaron al Padre estas palabras de reconocimiento:

“El Padre Valtierra laboró por más de cincuenta años en el Hospital Santo Tomas, y fuimos las Enfermeras, Médicos y otros, testigos de sus desvelos y de sus angustias por acudir, ya de día o de noche, al llamado no sólo de los enfermos sino de quien lo necesitara, acudiendo con ese entusiasmo que lo caracterizó para satisfacer las necesidades espirituales y emocionales de los pacientes, sin importarle el día, la hora o condiciones climáticas, anteponiendo su responsabilidad pastoral, su seguridad y hasta su salud física sin esperar recompensa”.

La Misa exequial, como podía esperarse, resultó espléndida, concelebrada por 21 Sacerdotes y presidida por los tres Obispos Claretianos Monseñores Ariz, Zuluaga y Emiliani, además de contar con la presencia del Nuncio de su Santidad y del Obispo Auxiliar Mons. Torres. El Arzobispo, Mons. Dimas Cedeño, lejos de la Capital en visita pastoral, envió un emocionado mensaje: -Diga a todos, Padre Gil, lo mucho que me duele no estar presente en esta Misa por el que fue mi confesor durante muchos años. Lo siento de verdad.

Doce Entidades distintas enviaron resolución de duelo, aunque se optó por no leer ninguna.

La salida del féretro tuvo aires de apoteosis. Todos vitoreando en el templo. Médicos, muchos, que no se avergonzaban de sus lágrimas. Enfermeras que lloraban y aplaudían y gritaban: ¡Adiós, Padre Valtierra! ¡Nos veremos pronto! ¡Te queremos mucho!...

Las cenizas fueron después depositadas en la urna sepulcral que en la Cripta del Santuario guarda las de tantos Misioneros que fueron compañeros de nuestro Padre. Al fin se le había cumplido un deseo largamente acariciado. Visitaba con frecuencia a sus hermanos difuntos, y le confesaba bromista y serio a la vez a su íntimo amigo el carmelita Padre Agustín:

- Cuando bajo a la cripta, me pongo ante la urna, y les digo con los brazos extendidos: “¡Voy, voy, voy! ¡Espérenme, espérenme, que ya voy, que ya voy! ¡Enseguida voy!”... Esto sólo se le ocurría a él. En algunas cosas era un hombre genial...

Por unanimidad: ¡Un santo!

Las reacciones en Panamá fueron las que cabía esperar.

Como la de aquella Doctora:

- ¿Que ha muerto el Padre Valtierra?... ¡Al Cielo derechito con sus zapatillas gastadas y todo!

Y el Padre Lamberto Picado —encargado de la Residencia Claret, ausente en Costa Rica practicando los Ejercicios Espirituales reglamentarios—, escribía una semblanza del finado que se hizo famosa entre nosotros por el sugestivo y acertado título que le dio: “El hombre que no sabía pecar”. Decía entre tantas cosas:

“Un hombre lleno de años pero ingenuo como un niño, en cuya alma jamás entró la malicia, en cuyo corazón no existió la corrupción, en cuya mente no se posó, ni por un instante, ningún torcido sentimiento.

“Su habitación era como una antecámara del paraíso. Un ‘eterno nacimiento’ presidía su mesa de lectura. Cuando lo visitaba algunas tardes y, en su silla de ruedas, me pedía la bendición, me avergonzaba y le pedía que me la diera él a mí, que la necesitaba más que él. Yo me marchaba de su lado y convencido de que Florencio Valtierra era uno de esos hombres que no sabían pecar...

“Pequeño de cuerpo, de ojillos limpios e inquieto; de pies titubeantes por causa de sus múltiples juanetes; de bata blanca y cuellecillo clerical; siempre en sus bolsillos un libro de rezos y un Bipper buscador de personas. Así le veíamos siempre de día y de noche por los corredores y salas del Hospital Santo Tomás. Cuántos rosarios desgranó “Valtierreca” por todos los rincones del Hospital. Él era el personaje más popular y querido de este Centro.

“Pero, de una manera muy específica y carismática, amó a los enfermos. Ellos eran toda la razón de su vida. De ellos vivía pendiente; ninguno se le “escapó” sin que recibiera la

Palabra del Señor, el perdón sacramental o la unción de los enfermos... Las enfermeras saben cuántas llamadas le hacían a tiempo y a destiempo, de noche o de día, y ninguna de ellas quedó sin la respuesta de su presencia allí donde se le requería... Junto a San Juan de Dios o a San Camilo de Lelis o a Santa Soledad de los enfermos, habría que poner algún día al sencillo y entregado Florencio Valtierra”.

Estas últimas palabras del P. Picado son la primera intuición, nada más ocurrida la muerte, de una posible glorificación por la Iglesia del inolvidable Padre Valtierra, el héroe de los Hospitales de Panamá...

¿Milagros por intercesión del Padre Valtierra?...

No sabemos si Dios querrá glorificar en la Iglesia de la tierra a su siervo o no. Pero te digo, amable lector, de dónde nació la primera idea de este escrito.

Oí contar al testigo presencial lo que pasó en nuestra misma Residencia Claret.

El Padre Marcos Irañeta sufre un ataque cardíaco que todos ven es mortal. A la Clínica San Fernando inmediatamente. Metido en urgencias, el Doctor lo examina y se retira a la puerta, ante la que se queda de pie, esperando el momento en que ha de firmar el acta de defunción. Porque ésta es irremediable. Pero el moribundo, ¡nada!... El Doctor, un competente profesional, de origen no panameño y religiosamente incrédulo, casi se impacienta, no espera más y se retira todo extrañado:

- Yo no creo en milagros. Pero esto de aquí es eso que ustedes llaman milagro. El Padre tenía que morir ahora necesariamente.

Y el Padre Irañeta explicó después, cuando a la mañana siguiente el Doctor determinó el traslado a la habitación particular para una rehabilitación segura:

- Sentí que se me acercaba una figura de Doctor con la misma traza y silueta que la del Padre Valtierra, el cual me dijo: “¡Animo! De ésta no te vas a morir”. Me tocó amablemente y se fue. Se me quitó de repente todo dolor, y aquí estoy restablecido.

Tal vez no nos equivocamos al pedir a Dios favores por intercesión del querido Padre Valtierra...